# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX — San José, Costa Rica — **1930** — Sábado 3 de Mayo — Núm. 17

Año XI. No. 489


SUMARIO



## Estampas

### Después de oír a un cura católico sin sotana

### De la oratoria en agua de azúcar

*(Envío del autor)*

Si el acápite no estuviera orlando cierta campaña de brújula y de dólares, habríamos puesto como guía de esta *Estampa* los siguientes párrafos: *Our temperaments differ in capacity of heat, or we boil at different degrees. One man is brought at the boiling-point by the excitement of conversation in the parlour. The waters, of course, are not very deep. He has a two inch enthusiasm, a pattypan ebullition. As we know, the power of discourse of certain individuals amounts to fascination, though it must have no lasting effect. Some portion of this sugar must be intermingled* (¹).

Están contenidos en uno de los ensayos que Emerson dedica a la elocuencia. Ensayo admirable que hemos venido a leer de nuevo hoy, al volver de la capital que la prensa diaria nos hace ver estremecida por la oratoria y la filosofía del libanés Habib Estéfano. No podíamos dejar de escucharlo. Es cierto que sólo por este suceso no fué que hicimos el viaje. Mas lo escuchamos y el mar nos da ahora una brisa para leer sin sofocación el ensayo que mejor puede librarnos de aquel estremecimiento que el escenario del Teatro Nacional diluye sobre el ambiente de los hombres y las mujeres de la ciudad. Cuánta cara risueña, cuánta mano que aplaude, cuántos ojos clavados sobre la figura corpulenta que se pasea con prosopopeya de un lado a otro del escenario. Ni una voz de desaprobación, ni siquiera de inconformidad, mucho menos de reflexión. Todos escuchan en silencio.

Sentimos que el Teatro ha adquirido arquitectura de iglesia. Hay cúpula y naves. También púlpito ancho y espacioso. A él ha subido un sacerdote católico, apostólico y romano despojado de la sotana. No comienza con aquello de *Amados feligreses*, pero sí con esto de *Amigos míos*. Y mira constantemente hacia lo alto para señalar que por ese rumbo se encuentra el *Cielo*. Y se cumple en él aquello de Martí, de ser blandura para lo de arriba y espina para lo de abajo, porque todos sus gestos que llevan el itinerario del *Cielo* son de invocación sumisa, y los que domina la ley de la gravedad, para acabar sobre el escenario o sobre la platea, tienen mucho de maldición.

Habla e impone enseguida una psicología de iglesia en día de sermón. Al sacerdote católico ningún feligrés lo discute. De ahí que su castellano tan lleno de sonidos atroces no perturbe el oído de ningún devoto. Los recogidos bajo aquella nave sentirían clavárseles agudamente el dardo del pecado capital si pensaran mal de este orador sagrado que repite una y mil veces *deseyo* cuando tiene que decir *deseo*.

Bien, pues, en ese ambiente de iglesia hemos oído al hombre que tiene conmovida a la ciudad. Habló de la felicidad, según dijo, pero, para decir con el humor saludable del que tuvo buen espíritu, no nos dió ni el número de la casa ni el nombre de la calle a donde dirigir nuestras peticiones a esa tirana esquiva. Qué dijo de la felicidad? A las pruebas de qué iniciación nos sometió para salir poseedores del sésamo abridor de las siete puertas custodiantes? «Sésamo, ábrete» eran las palabras de la magia de otros tiempos. Ahora, desde la aparición de un gran capitán de industria librera, Orison Sweet Marden, el grano encantado se ha multiplicado, siguiendo la admonición bíblica de creced y multiplicaos. El hombre tiene su conducta reducida a reglas y si se somete a ellas sin variar nada, la felicidad le «sonreirá». Los discípulos del industrial Marden peregrinan por los continentes diseminando los secretos que llevan a la posesión de la ansiada «sonrisa». Ellos mismos son ejemplos vivientes del poder de esos métodos de conquista. Ved allí los trofeos de las andanzas.

¿Por qué no ser felices si el mardismo nos trae la luz del sendero? Y al alcance de todas las posibilidades, con sólo considerar la Vida como una fornida ama de llaves que, como nosotros, gime y se entristece cuando «la racha huracanada» sopla en el *vergel* y *marchita* la rosa y el clavel que hace un instante *aromaban el aire con sus perfumes* y «ponían una nota de vida en el ambiente». Esta ama de llaves que es la Vida, si está para servirnos, también padece los influjos de la luna y no debemos «pedirle lo que ella no quiere o no puede darnos», ni «todo lo que ella puede darnos». Allí está el médico que quiso ser poeta, humillado, triste, que de haber sido de la época de Bretón, sobre su despacho habría leído la sátira aplastante que improvisó el genio: «En esta mi vecindad vive un médico poeta—que al pie de cada receta—pone «Mata y es verdad». Y todo por su glotonería con el ama de llaves.

El ama de llaves que es la Vida nos pone azogados en persecución de los bienes materiales, para enseñarnos a ser amos de ellos. Y nos enseña «a no considerar como definitivo ningún fracaso». Enuncia el mardismo dos reglas más para la conquista de la felicidad y la última ofrece el panorama nuevo de la educación del hombre y de la mujer. A qué debe tender esencialmente esa educación? A la disciplina militar.

El soldado es todo. El cuartel es el seminario ideal de hombres. El carácter y la voluntad no tienen otro moldeador más perfecto que la «mano de hierro del militar».

Tenemos, pues, concretada la pedagogía del mardismo libanés. En ella mueren sus cuatro reglas para la conquista de la felicidad. El ama de llaves que es la Vida las resume todas.

No hemos oído más que nutridos aplausos en este ambiente de iglesia en que, por virtud del sacerdote que oficia,

---

(¹) Trasladado sería:
Difieren nuestros temperamentos en la capacidad para el calor, es decir, hervimos a diferentes grados, Hay quien llega a su punto de ebullición con el estímulo de la conversación de antesala. Desde luego, las aguas no son de mucha profundidad. Posee un entusiasmo de dos pulgadas, un punto de ebullición de cazuela. Como sabemos, el poder del discurso de ciertos individuos llega a la fascinación, aunque puede carecer de efectos duraderos. Cierta porción de este azúcar debe mezclarse.

se ha transformado el Teatro Nacional. La oratoria agrada a los «amigos» que escuchan. Es un público fácil de complacer. Pensamos en el personaje que tanta voluntad de alto y de menudo copete ha movido a su favor, es decir, a la aprobación de su ideología. No decimos también de su oratoria, porque si ninguna sorpresa ni admiración nos ha traído esa declamación de púlpito, la sorpresa y la admiración que ella ha traído a los del oficio no dañará a nadie, ya que ninguna novedad peligrosa viene a aportar.

Pero eso que Emerson llama fascinación sí nos inquieta en esta noche en que refrescados por una brisa liviana del mar, reflexionamos en el espectáculo visto ayer en el Teatro Nacional. La ideología del predicador libanés tiene de un lado «mezclado el azúcar» de la fascinación. De estas aguas azucaradas han bebido todos sus «amigos». Quiere decir que ha dejado el terreno abonado para que mañana un librero de olfato riegue en los surcos los volúmenes incontables del mardismo norteamericano.

Del otro lado tiene esa ideología principios que sí son peligrosos en países en donde la Educación no tiene oriente. Esa idea del cuartel como seminario de hombres fecunda con facilidad las mentes ignaras. Y éstas son las que en tales países se encuentran siempre o en la sala. o en la antesala del gobierno. El orador libanés la ha venido recalcando suponemos que con el mismo énfasis vehemente que usó en el escenario del Teatro Nacional la noche del sábado. ¿Es esa una nueva pedagogía que la inspiración de un hombre superior crea para traer como mensaje a estos pueblos? Si lo que los discursos del libanés Habib Estéfano contienen es la renovación en ascenso de países menesterosos de guías, con esa ramplonería del cuartel como seminario de almas va sembrando regresión. Al paso tendrán que salirle muchos espíritus que, si no bebieron el agua de azúcar que su verbosidad sirve, sí lo escucharon con ánimo escudriñador. Mientras su varita hurgue la roca de la cual mana el agua azucarada que no hace daño a pueblos sin ideas, que su oratoria discurra por teatros y colegios. Pero si juzgándose firme por el acatamiento que copetes y copetillos le van profesando, ostenta ideologías rezagadas y peligrosas, que acepte entonces la vehemencia que se le opone.

Nunca el cuartel ha tenido libre el espacio que da a los cielos y esa es precisamente la salida por donde el espíritu recibe su inspiración eterna. La educación que espera transformar al hombre mediante la disciplina cuartelaria que es imposiciones, subordinación, limación tenaz de la personalidad del hombre, jerarquía estúpida, no tiene en la mente de ningún pensador de nuestros días ni siquiera refugio que la libre piadosamente de andar tras el cortejo de vidas trashumantes.

Ha avanzado la noche y el mar sopla ahora viento frío. Volvemos a leer los párrafos que íbamos a poner de acápite y reconocemos que nuestro «punto de ebullición» no llega con el calor del orador libanés.

*Juan del Camino*

Limón y abril del 30

# Bibliografía titular

*(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)*

*El problema de la sustantividad del Derecho Mercantil y su valor práctico en el Ecuador.* Tesis doctoral por Eduardo Molestina. Guayaquil. Ecuador. 1927.

---

Del ***Instituto de Literatura Argentina:***
*La familia quillango*, por José M. Cantilo. Sección de Documentos. Serie 4a. Novela. Tomo I. No. 8. Buenos Aires. 1929.

---

El Num. 31 del ***Archivo Histórico Diplomático Mexicano:***
*Algunos Documentos sobre el Tratado de Guadalupe y la situación de México durante la invasión americana.* Prólogo de Antonio de la Peña y Reyes. México. ***Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores.*** 1930.

---

***Silabarios de la Secretaría de Educación Pública:***
*Organización de una cooperativa campesina.* Por el Licdo. Víctor Díaz León. México. D. F. 1929.

---

Los Nums. 21, 22 y 23 de la ***Foreign Policy Association Information Service*** de New York, N. Y.:
*Forced Labor: its International Regulation*, by Raymond Leslie Buell.
*Reconstruction in China*, by T. A. Bisson.
*The Permanent Court of Internacional Justice*, by Vera Michelles Dean.

---

Dos folletos de ***The Pan American Union,*** Wash. D. C.:
*Intellectual productión in Colombia* y *The Second Pan American Highway Congress.*

---

Un folleto muy recomendable:
Federico Gólcher: *Acerca de la iniciativa presentada por la* ***Junta Pro - Limón*** *para la nacionalización de las tierras y de la industria bananera.* Limón, Costa Rica. 1929.

---

De la ***Academia de la Historia de Cuba:***
*Historia Documentada de la Conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar.* Por el Dr. Roque E. Garrido, Académico correspondiente. Obra premiada en el concurso de 1927. Tomo I y II. La Habana. 1929.

*Discursos* leídos en la recepción pública del Sr. ***Manuel Marquez Sterling*** la noche del 24 de octubre de 1929. Contesta en nombre de la Corporación el Sr. René Lufriú y Alonso, Académico de número. La Habana. 1929.

---

La ***Asociación de Maestros de la República de Panamá*** ha publicado la ***Memoria*** de 1928. Contiene: Los nuevos Estatutos, las Resoluciones que reglamentan las actividades de la Asociación, los Informes, Discursos y Artículos de periódico del año de 1928. Arreglada y editada por Ernesto J. Castillero R., Presidente de la Asociación de Maestros.

---

El N.° 257 de la ***International Conciliation***, New York City:
*British Arbitration Policies*, by Norman L. Hill.

---

Recomendamos:
*El Paraguay contemporáneo.* Por J. Natalicio González y Pablo M. Ynsfrán. Editorial de ***Indias.*** París-Asunción. 1929.

---

Nos llega el *Almanac de la Poesía* (Any XVII) 1930. Obsequio de la Imprenta Altés als seus clients i amics. Barcelona.

---

Nos remite M. García, de La Plata, R. A.:
*Conferencia sobre las cuestiones sociales*, por el Dr. Alejandro Carbó.

---

La Escuela ***Palomares*** de Santiago de Puriscal edita una revista titulada *La Campana.* Recibimos el N.° 1, que contiene trabajos de los alumnos al concluir el año primero de existencia de la Escuela. Está escrita, la revista, en tres idiomas: castellano, francés e inglés.

Algo singular, inusitado en este país. El Sr. Palomares es un benemérito, sin duda. ¿Lo protegeremos como se debe?...

---

Un discurso del Dr. M. Puig Casauranc, México, D. F.:
*La obra integral de la revolución mexicana*, México. 1929.

---

De las ediciones ***Margarita Leclerc,*** El Arenal, Palma de Mallorca, España:
*La mujer. Es superior al hombre?* Estudio dividido en tres meditaciones, por Margarita Leclerc.

---

Del Dr. Luis Bossano: *Discurso* pronunciado en la inauguración del curso escolar de 1929-1930. Universidad Central. Quito, Ecuador. 1930.

---

***La Maternidad Consciente.***—*Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza*, por Manuel Devaldés.

El mundo científico dedica cada día mayor atención a los problemas de orden sexual y biológico. Problemas altamente interesantísimos, trascendentales, que ganan la simpatía de toda persona culta, pues que en ellos se ventila la superación mental y física de la especie humana, por medio de la maternidad consciente y limitada.

Educar a la mujer en los conocimientos necesarios para cumplir racionalmente y por su voluntad la más importante misión de la vida, es fomentar y decidir el porvenir y la felicidad de las generaciones futuras; es atacar y cauterizar en su origen las miserias sociales por donde sangra el mundo con todas sus purulencias de prostitución y pauperismo.

La obra de Manuel Devaldés, consagrada a tan importante labor eugénica, merece ser leída y divulgada por todos; vibra en sus páginas la lógica del razonamiento incontrovertible, la exposición juiciosa, serena, basada en una moral muy humana y muy digna.

Se vende a 2 ptas. ejemplar, en todos los kioscos, librerías y puestos de venta. Puede pedirse también a la Biblioteca ***Estudios:*** Apartado 158. Valencia, España.

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas entregas.)

# Rufino Blanco-Fombona

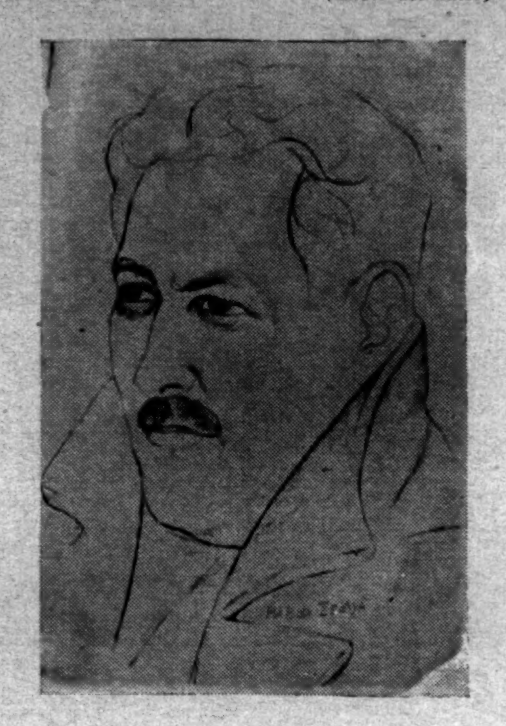
*(Envío del autor)*

La prestigiosa Sociedad Económica, Matritense de Amigos del País, de tanto abolengo y tradición en la vida española, (fué creada por Carlos III en el año de gracia de 1775), ha organizado, por mi iniciativa, un ciclo de conferencias a cargo de escritores hispanoamericanos y portugueses. Hasta ahora han ocupado aquella tribuna dos intelectuales de talla: Fidelino da Figueiredo, que disertó sobre el *Donjuanismo checo*, y Rufino Blanco-Fombona, que nos habló de *La política del cinematógrafo*.

Como iniciador y organizador de estas conferencias cúmpleme el honor de presentar a los conferenciantes al escogido público que va a escucharlas y así lo he hecho con el doctor Figueiredo y con Blanco-Fombona. Opino que estas presentaciones protocolarias deben ser ante todo breves, y por eso sólo ligeras frases dediqué a cada uno de ellos, las cuales frases creí llamadas a perderse, pero la insistencia con que algunos oyentes amigos me lo piden, me obliga a recoger en este artículo los principales conceptos que acerca de la recia personalidad literaria de Blanco-Fombona expuse.

Rufino Blanco-Fombona es una mentalidad que podemos considerar como española, pues nuestra cultura ha contribuido enormemente a la formación de su espíritu. En España, su patria adoptiva, se ha deslizado gran parte de su vida y ella fue teatro de sus luchas y de sus triunfos. El ilustre venezolano no es ya que habla como español, es que «piensa» también como español. Y esto es más importante. Con razón nuestro llorado *Andrenio* escribió de él que era lo más español que un hombre no nacido en España puede serlo.

De su origen americano, casi sólo le resta a este esforzado luchador, cierta fogosidad, cierta impetuosidad, cierto ardimiento; sumamente sugestivo y atrayente, acorde con la vida exuberante y



*Blanco-Fombona*

Dibujo de *Pablo Zelaya*

bravía, henchida de jugo y savia, de aquella naturaleza grandiosa.

La idea, que es siempre luz, en Blanco-Fombona es también calor y vibración. La luz, por sí sola, despojada de su potencia calorífica, podrá servir para impresionar la placa, químicamente preparada, en la cámara fotográfica, es decir para reproducir la imagen, para copiarla, pero no para crear. Para crear hace falta calor. Calor necesita la semilla para germinar, el huevo para incubarse: calor del regazo materno necesita el tierno infante para crearse. Para que la vida aparezca precisa siempre calor. Sin calor no puede haber vida. Por eso las creaciones de Blanco-Fombona, tan llenas de fuego y de movimiento, lo están de vida, de humanidad. No son muñecos, bellos sí, pero sin consistencia. No son lindas, pero frías, violetas de trapo, ni pálidas rosas de estufa. No; tienen, por el contrario, toda la pasión, toda la vehemencia, toda la fragancia, colorido y caldeamiento de las obras humanas, de las que el supremo Artífice talló en carne mortal y perecedera.

Y estas características de su temperamento que hacen tan humanas sus creaciones de artista, dan, también, a la expresión de sus ideas artísticas, políticas y sociales cierto tinte guerrero de polemista, que capta nuestra simpatía.

Blanco-Fombona no es, no puede ser, el espectador impasible e indiferente ante ningún escenario del mundo. Es de los que forzosamente han de tomar un partido. Su idiosincrasia no es la de cruzarse de brazos ni pasar de largo, sino la de alistarse al punto bajo una de las banderas. Y ya alistado, combate con arrojo, con bravura, sin hurtar el pecho al dardo enemigo.

No hay que decir que esta bandera en la que se alista Blanco-Fombona es siempre la noble, la desinteresada, la del débil o la del oprimido.

Una leyenda, que corre de boca en boca, presenta a Blanco-Fombona como un hombre terrible, una especie de ogro que se come los niños crudos. Nada más lejos de la realidad. Blanco-Fombona es un hombre bueno, amante de los suyos, leal en la amistad, caballeroso en las acciones, cortés, y comedido en las maneras. Nada suele ser tan falso como estos mitos que la fantasía forja alrededor de las figuras populares.

Blanco-Fombona es así y nada más que así y el que lo dude que se acerque a él. No se lo comerá, yo se lo garantizo.

*José María de Acosta*

Madrid, marzo 1930.

---

# Elogio de Petzval

*(Envío del autor.)*

Para los que hayan seguido con devoción el movimiento de la óptica científica no podrá menos de ser una gran sorpresa que aun en la época de la post-guerra, que tan fecunda ha sido en el desenvolvimiento y desarrollo de cuanto se había venido intentando en el campo de las ciencias experimentales, haya permanecido, al parecer inamovible, el axioma científico que con fisonomía de apotegma dejara planteado ante los hombres de saber el inmortal vienés objeto de este artículo.

En una de las primeras memorias presentadas a la Academia de Ciencias de Viena afirmaba el eminente Petzval que la profundidad es una función del largo focal, de la abertura del diafragma, y de la distancia a que hubiera de precisarse el foco, o dicho en otros términos, la distancia del punto de foco exacto. Esta afirmación, hecha por el eminente geómetra, hace unos setenticinco años, a raíz misma de la aparición del primer objetivo duplo, fruto de su genial cerebro, y cuando los cristales ópticos de que se disponía por aquellos días apenas si habían llegado al *crown* y el *flint*, con la aparición de los cristales de Jena, lejos de sufrir la menor alteración las teorías de Petzval, vinieron a confirmarse más, si cabe. La creación del cristal de Jena que conmovió al mundo científico con la aparición del primer anastigmático vino a comprobar la exactitud de las teorías promulgadas por el eminente hombre de ciencia: cuanto más microscópico fué el foco en el punto en que se fijara con una abertura dada, mayor era la difusión en los puntos de proximidad. Entiéndase que hablamos de foco exacto, que nó de foco aparente, ya que estos son detalles que no perdona la ciencia.

Veamos el panorama retrospectivo:

Cuando hace algunos años celebramos la aparición del ***Aviar***, fruto de los esfuerzos de la casa Taylor & Hobson, encaminados a proveer a la aviación y la marina inglesas de la óptica necesaria para sus naves de guerra como consecuencia de haberles sido cerrada su fuente de provisión alemana, no pudimos sino anunciar la aparición de esa unidad como fruto de una emancipación industrial, ya que las condiciones ópticas del ***Aviar*** quedaban constreñidas a las condiciones inherentes a esa clase de productos anteriores a la guerra. Se trataba de la simple reproducción de los anastigmáticos alemanes de tipo cementado, de una abertura relativa de 1:4.5. de un ángulo visual de más 70 grados, y de un campo plano desde antaño muy corriente en objetivos de construcción inferior.

La óptica alemana, desde la creación de los ***Tessar*** y los ***Protar*** que aunque ostentan el nombre de Zeiss son en realidad fruto feliz de las investigaciones del profesor Dr. Rudolph, nada nuevo había producido en verdad que significara una revolución en el ya vasto campo de las conquistas ópticas. Tampoco había realizado Inglaterra una renovación siquiera en el bello campo de la geometría óptica. No quisiéramos concederle este reconocimiento ni al propio

Dr. Rudolph con la creación de su moderno *Plasmat* a no ser por una relativa acentuación alcanzada en la demarcación de los planos, mejorando, hasta donde ha sido posible, la perspectiva aérea.

Si dando un salto atrás nos colocamos en plena mitad del siglo XIX y examinamos los prodigios de óptica alcanzados por los eminentes matemáticos de aquellos días, Petzval, en Austria, Steinheil y Voigtlaender, en Alemania, y Dallmeyer y Ross, en Inglaterra, no podríamos menos de maravillarnos de los postulados que como axiomas científicos nos legaron en el mundo de las investigaciones ópticas aplicadas al fecundo campo de la Fotografía. Las lentes, o combinaciones de lentes creadas por aquellos sabios, han venido desafiando el furor de los modernos investigadores, y no ha sido sino gracias al descubrimiento de nuevos cristales que ha podido darse un paso adelante, sin que por ello hayan sido rectificados los cálculos que desde el terreno de las ciencias positivas dejaron planteados aquellos hombres de ciencia.

Esto lo afirma de manera contundente el hecho de que ochenta años después de haber sido diseñados los objetivos de Petzval y de Steinheil en Austria y Alemania, y basados en ellos los de Dallmeyer y Ross en Inglaterra, nada ha podido ser renovado en cuanto a las teorías en sí mismas. El descubrimiento del cristal de Jena, que hizo posible la creación del moderno anastigmático, y el de bario, luego, que nos propició la aparición del *Plasmat* del Dr. Rudolph, y que introdujo, por decirlo así, un pequeño avance en la conquista del campo visual en los dominios de la óptica fotográfica, parecen venir a confirmar cada vez más la condición de inamovilidad de aquella teoría. Campo visual, o profundidad de visión (¡precario español para las cosas de ciencia!) digámoslo sin escrúpulo, ya alcanzado por los antiguos anastigmáticos, abstracción hecha, naturalmente, de las grandes aberturas. Si bien es cierto que el poder de dispersión de estos modernos objetivos es apreciable, no lo es menos que con los antiguos objetivos de *crown* y *flint* se habían alcanzado grados de dispersión y un índice refractivo que mejoran poco, si algo mejoran, las modernas creaciones del *Plasmat*. No somos remisos en reconocer la significación de esas modernas creaciones y, antes bien, no es otra nuestra intención que reconocerlas alborozados. Pero reconocemos también que el tiempo que nos separa de los antiguos investigadores nos daba derecho a esperar más, a los que estábamos, al menos, pendientes de esas investigaciones.

En el campo de la Fotografía artística las antiguas creaciones de Petzval, han constituido, por decirlo así, algo como *landmarks* inamovibles, alrededor de los cuales se ha venido especulando en el campo de la óptica moderna. De ahí que los objetivos que inspirado en los cálculos de Petzval formulara Dallmeyer en Inglaterra, resistan, en el tercio que va del siglo, las más apremiantes comparaciones con los mejores objetivos de la clase a que pertenecen.

Algo análogo podríamos afirmar acerca de lo realizado por Steinheil y Ross en la creación de los tipos de lentes aplanáticas, tan estacionarios hoy como en el siglo en que fueron creados.

También por aquellos días realizaba investigaciones la antigua casa Busch iniciando sus labores con un lente simétrico, análogo al aplanático que en 1866 creara Steinheil, y al para entonces notable *euriscope* de Voigtlander, que no ha llegado a nuestros días. El profesor von Monckhoven, según lo confiesa él mismo, no encontraba nada superior a lo calculado por Petzval. Y fué sin duda Monckhoven una de las más elevadas mentalidades de aquellos días. También Dallmeyer había creado un tipo de aplanático que denominó *rectilinear lens*, que desde aquellos días y junto con las producciones de Steinheil, Ross, Voigtlaender, y el propio Busch, han venido desempeñando un importante papel en los anales de la profesión. A fines del siglo pasado hombres de ciencia tan eminentes como León Vidal, von Monckhoven y De Vylder, habían sometido a severos exámenes los productos de aquellos investigadores y desde entonces fué proclamada la excelencia de aquellos instrumentos. El aplanático de Steinheil que fué de las primeras creaciones ópticas corregidas de distorsión y aberración esférica, y al que se le dió una abertura de 1:6, aún sigue en manos de algunos profesionales, proclamado, si no mejor, igual al mejor anastigmático. Prasmoski, desde París, hacía conocer al mundo que también Francia sabía contribuir al avance de las ciencias. Luego surgió el gran Darlot, pero éste apegado a las fórmulas de Petzval como acaso no hubo nadie. (Quisiéramos a este respecto conocer la opinión de hombres tan eminentes como el sabio Dr. Paul Rudolph.)

Si bien es cierto que con la creación de objetivos del tipo anastigmático de los que el *Protar*, hasta donde lo hayamos podido comprobar nosotros, es el punto de partida en la moderna creación de la óptica fotográfica, culminando en los objetivos de cuarzo y bario que hicieron posible la creación de los tipos apocromáticos que tan eminentes servicios prestan en las prácticas industriales, la fotografía artística, propiamente dicha, derivó pocas ventajas del resultado de esos descubrimientos. La precisión de esos objetivos, en razón del poder de definición que habían alcanzado, los alejaban, por esa misma razón de su defición microscópica, del campo de la fotografía artística en la práctica profesional. Y de ahí nacieron las preocupaciones de los creadores de los modernos objetivos ligeramente afectados (un paso atrás, al parecer) de anacromatismo. No cabe aquí un profuso examen de los instrumentos afiliados a ese grupo, ya que no son, a decir verdad, nada nuevo. El eminente Dallmeyer había creado en 1878 un tipo de objetivo que desajustando un menisco *flint* del *crown* de la combinación posterior, se produce el efecto de aberración esférica tan fervientemente perseguida por los grandes artistas de hoy. Nosotros hemos podido comprobar que con el uso de la combinación anterior de esos grandes objetivos se alcanza un efecto de anacromatismo de los más hermoso que se pueda imaginar. Puligny-Puyo y Hermagis, en Francia, y otros ópticos americanos de inferior nombradía, también han construido tipos de objetivos que se conformaran con las exigencias de



## Elegia de un amor trunco

*(Para Gabriela Mistral)*

Yo la quise, Señor, a Ella,
melancólicamente,
como se quiere lo inasible:
una ambulante nube,
una llorosa estrella.

Yo la adoré, Señor, a Ella,
desesperadamente,
como se adora lo imposible:
Tú lo sabes, Señor, era muy pura
para que en Ella se posaran,
amorosamente,
mis manos pecadoras.

Fue nuestro idilio breve,
un eterno sollozar
por lo que no se podía realizar.

Y Ella se fue
con la tenaz melancolía
de las que no supieron
lo que fue alegría...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Yo suspiro ahora por sus manos
de beguina,
hechas para acariciar encajes
y tules y sedas
y blondas cabelleras
de bebés...

Yo suspiro ahora por sus ojos
—grandes, negros, tristes—
ojos abismáticos
en que naufragó el Amor.

Si Ella se fue ledamente,
como se va una nube,
como se va una estrella,
como se va un amor,
¿por qué me dejaste aquí, Señor,
en un eterno suspirar
por la que nunca ha de volver?

**Mario Santa Cruz**

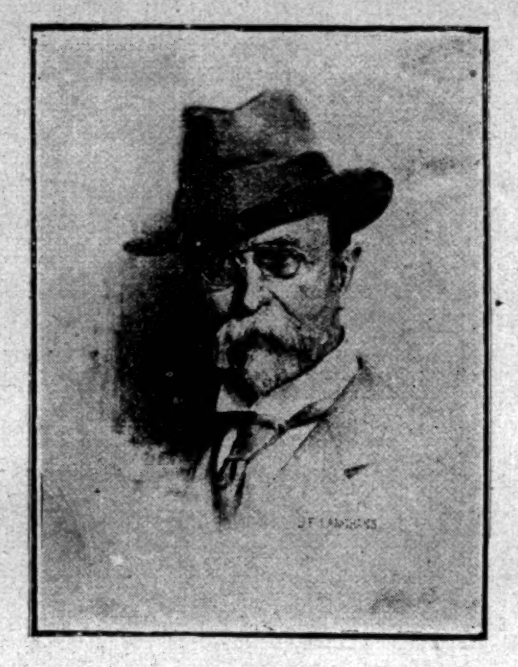
San Salvador 15 III 1930.

*(Envío del autor.)*

## Un hombre y un pueblo

# El Presidente Masaryk

=De *El Sol*, Madrid=



*Masaryk*

PARA Joaquín Costa, España se hallaba como aquel paralítico del Evangelio que, junto a la Piscina Bethsaida, aguardaba en vano su curación porque no encontraba al hombre que le sumergiese en las aguas milagrosas. *Hominen non habeo*!... «¡No tengo el hombre!...», clamaba la nación por la voz profética de aquel gran patriota cuya alma genial se revolvía desesperada dentro de su cuerpo también casi paralítico.

A lo que su amigo Francisco Giner de los Ríos objetaba: «Lo que necesitamos no es un hombre, sino un pueblo. No hace falta que surja el hombre, sino que formemos un pueblo capaz de salvarse a sí mismo.»

Y si ahora reelemos la página bíblica, nos afirmaremos, quizá, en esta segunda opinión. Porque Jesús no aconseja al tullido que aguarde al hombre, ni aun que confíe en el ángel que periódicamente descendía sobre la Piscina Probática. Sino que le dice: «¡Levántate, toma tu camilla y anda!..»

---

¿Un hombre?... ¿Un pueblo?...

Pocas veces se habrá visto con tanta claridad la mutua influencia, la recíproca compenetración entre el pueblo y el hombre, entre el pueblo que engendra y sostiene al hombre y el hombre que educa y conduce a su pueblo como en el caso actual del anciano Presidente de la joven República checoeslovaca.

Es una experiencia histórica. Ahí. en el corazón de Europa, en estos años últimos hemos podido ver cómo resucita una antigua nación al cabo de los siglos y cómo se edifica totalmente, desde los cimientos, un Estado moderno.

Recuerdo mi estancia en Praga, la hermosa capital bohemia, tan histórica y tan progresiva a la vez. Bellos edificios, torres góticas, industrias avanzadísimas, orden, cultura, libertad. Ni lujo ni miseria; reforma social; no hay analfabetos. La perfección técnica de la civilización occidental, y, de otra parte, la pasión artística del alma eslava.

Un gran pueblo, sin duda. Pero nadie puede olvidar allí que, al otro lado del río, sobre la colina florecida de jardines, en el palacio de los antiguos emperadores, un hombre, viejo y venerable, vela sobre la ciudad y sobre toda la nación. Es el Presidente Masaryk.

---

Hoy, día 7 de marzo, Tomás Garrige Masaryk cumple sus ochenta años. Una dilatada existencia consagrada al ideal moral, al bien de su país, a la política democrática y al progreso de la humanidad. Este octogésimo aniversario. no sólo se festejará en su patria, sino que se celebrará en otras naciones y contará además en el mundo entero con la tácita adhesión de todos los espíritus liberales.

¿Qué era antes Masaryk? No había estallado aún la guerra europea. Un diputado checo, deseoso de evitar la catástrofe, interpelaba al ministro de Negocios Extranjeros de Viena presentándose como mediador autorizado, a fin de resolver el conflicto entre Austria y Servia. El ministro imperial conde de Berchtold levantó su rostro agudo y su calva frente y dejó escapar estas palabras calumniosamente despectivas: «Señor Masaryk, el ministerio no está aquí para procurar una gratificación a los profesores pobres.»

¡Los profesores pobres! ¿Qué significaba un humilde profesor como Masaryk frente a la ingente armadura de aquel coloso de la fuerza que era el imperio austrohúngaro? El poder suele desdeñar a los intelectuales. Pero aquel coloso tenía los pies de barro, y una idea es la piedrecilla que rueda desde lo alto y da en tierra con el gigante.

---

Masaryk, pobre profesor, obrero manual en su infancia, era un filósofo apasionado por la idea de libertad. Contribuyó, más que nadie en esta época, a dar a su patria un pensamiento nacional. Nacional, no estrechamente nacionalista, sino profundamente humano.

Vino la guerra, provocada por Austria. El profesor Masaryk emigró. Comprendió que en aquella tempestad de hierro y de fuego iba a resurgir el antigua reino de Bohemia convertido en nueva República, democrática. Recorrió las naciones aliadas; habló, escribió, organizó; agrupó a los checos expatriados; formó con ellos legiones de voluntarios que combatieron en Francia, en Italia, en Rusia. Allí, en Rusia, le sorprende la revolución bolchevique, y, en marcha hacia la Siberia y el Océano Pacífico, traza el programa del nuevo Estado checoeslovaco.

Continuó trabajando por su país, ya en el Japón, ya en los Estados. Fué en Wáshington donde públicó la declaración de independencia de su nación. «La fuerza de las tinieblas—decía—ha servido para la victoria de la luz. Creemos en la democracia, creemos en la libertad, en la libertad para siempre.»

Regresó a Europa. Aquel profesor de barba blanca había dado la vuelta al mundo. En la cátedra exponía en otro tiempo su doctrina del idealismo realista, noble confluencia de una libre religiosidad y de un positivismo científico. Idealismo realista. Emigró en pos de un ideal, y a los cuatro años de destierro, recorrido el planeta, volvía trayendo en sus manos una triunfante realidad.

En diciembre de 1918 entró en Praga, entre las aclamaciones del pueblo emancipado; prestó su juramento ante la Asamblea de la nación, y, como Presidente de la República, el «profesor pobre» hubo de establecer su residencia en el antiguo castillo imperial.

---

Nadie como él ha merecido con toda verdad el nombre de padre de la patria.

Y es siempre un profesor. Hombre de acción, subordina la ejecución al pensamiento. Gobernante, enlaza la política con la ética y el Poder con la veracidad y con la justicia. Al contemplar el último retrato de Masaryk, en el que la cabeza blanca del octogenario se destaca sobre un fondo de libros, creeríamos hallarnos, en efecto, delante del maestro que medita su próxima lección de filosofía o de sociología. Y en realidad, su vida y su obra, estos admirables ochenta años, ¿no son la mejor lección?

*Luis de Zulueta*

---

los modernos innovadores, que hasta donde lo permiten los instrumentos de que disponen han dado un paso adelante en el monocromo pictórico de la fotografía.

Artistas tan eminentes como Nicola Perscheid de Berlín, sin embargo, lejos de conformarse con lo que en el género de óptica anacromática ha sido realizado hasta el momento, ha ido tan lejos que a sus instancias y de acuerdo con su arte incomparable, se ha hecho diseñar un objetivo por la antigua casa de Busch de Rathenow, que lleva su nombre. Suponemos que ese objetivo, que no conocemos en detalle, ha sido creado a base del mismo anacromatismo y aberración esférica adecuados al efecto que con él se busca.

Como se verá por el breve examen que hemos dejado hecho de los modernos objetivos de la post-guerra, cuya excelencia somos los primeros en proclamar, no hemos tratado de establecer otra cosa que la excelencia de los antiguos diseñadores que partiendo de Petzval y a través de los años pasados desde la creación de su objetivo, las ideas generales que dejó planteadas y que originaron las investigaciones de Dallmeyer, Ross, Busch, Voigtlaender y Steinheil, han culminado en apotegmas científicos que honrarán eternamente el esclarecido nombre de aquel inmortal vienés.

*J. C. Sotillo Picornell*

San José, Costa Rica, en marzo de 1930.

# De Carlos Sabat Ercasty

IX

Nubes. Oscura cólera. Costa gris. Mar potente.
Lluvia y llovizna entre el azote de la racha.
Islas de sombra y llanto partidas por el hacha
de la ola. Relámpagos y huracán en la frente.

Y allá, en el viento, el árbol de la nave. Presiente
más lucha el corazón, y el furor le remacha
los golpes. Ruge el pecho. La tempestad se agacha
tenaz, para estrecharme y arrancarme del puente.

¡Oh deseos y júbilos! ¡Oh esperanzas extintas!
Crinadas olas agrias y de revueltas tintas
estrellan en la proa su alarido salvaje.

Mi carne va a doblarse como un metal cansado.
Pero no, porque el mástil como un dedo ha apuntado
una estrella, y el barco grita en mi horror: ¡Coraje!

X

Tú pasabas la mano, sensiblemente breve,
sobre los cielos de mi frente fatigada,
y mientras le rozaste tu flor maravillada
mi frontal derretía sus cúpulas de nieve.

Yo contaba una a una las rosas de la leve
mano. Y de una en una la mano delicada
iba tocando estrellas en mi frente extasiada.
¡Y cómo ese recuerdo mi corazón conmueve!

Sólo un desear sin fin dejó esa primavera
de tu amor. Tú no puedes creer en tantos astros,
ni buscas en tus manos la rosa y la quimera.

¡Y tal vez en la frente queden celestes rastros!
¡Y tal vez en tus dedos florezca la tristeza!
¡Ven, y pasa tu mano por mi pobre cabeza!

(*Los Adioses*. Palacio del Libro. Montevideo).

***Señor García Monge: Le cuento que he sido favorecido con el envío de un nuevo libro de versos del gran cantor del Mar: Carlos Sabat Ercasty, Los Adioses—Interludios al modo antiguo.—Para recreo del selecto público del Repertorio Americano, me permito enviar a usted las piezas IX y X de este tomito del benévolo, del distante amigo. Le saluda afectuosamente.***

***R. Coto.***

San José, abril—930.

# Bigotes

= De *Las fantasías de Juan Silvestre*. =

Esta noche al volver de la ***Fiesta de Arte*** (así rezaba en programas y cartelones), el recuerdo de Bigotes ha surgido en mi memoria como para equilibrar el disgusto del ánimo. He traído de la tal ***Fiesta de Arte***, como untado de miel el espíritu, y perseguido por las moscas. Así me lo puso el desfile de poetas y oradores por el escenario del teatro, con su fraseología desvaida salpicada de metáforas chillonas. Sobre todo este pequeño profesor de literatura que también es poeta. ¡Cuántas cosas incoherentes y acarameladas dice, acompañándose de largos gestos que terminan en unos dedos curvados hacia arriba en forma de flor! Una vez más ha sacado a relucir la parábola de Tolstoi con su Cristo que sabe ver en la carroña de un perro los dientes semejantes a perlas; los lirios del evangelio que no trabajan ni hilan y la hermanita Pobreza y los hermanos pájaros de San Francisco. No contento con su discurso, nos ha perseguido luego a la salida, con sus teorías sobre el amor y el dolor y sobre estética. Yo no sabía qué hacer ya para no retorcer el pescuezo a esta chachalaca lírica.

La figura silenciosa de Bigotes el hulero nicaragüense que conociera de niño, ha venido de la época lejana a pasar sus gestos tranquilos,—semejantes a los de las plantas movidas por la brisa,— sobre mis nervios aturdidos por la palabrería de todos estos poetas y oradores en smoking y botas de charol. ¡Cuánto más interesante y sugestiva era para mí la memoria de este trabajador callado, con su camisa manchada y llena de desgarrones, sus pantalones remendados, sus botas enlodadas y oloroso a selva.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Entonces yo contaría unos doce años.

La finca de mi tio Manuel en Guápiles y Bigotes apareciendo de cuando en cuando con su cargamento de hule.

Su saludo se limitaba a tocarse el sombrero si traía sombrero, y si no, a un sonido cualquiera.

Surgía de pronto de la montaña, y al verlo se tenía la impresión que era un vegetal que había echado a andar.

¿Por qué el apodo de Bigotes, si apenas le cubrían el labio superior unos pelillos largos, lacios y delgados que él respetaba como si se tratara de un espeso mostacho?

Era más bien de apariencia insignificante a primera vista: bajo, moreno curtido por las intemperies, cenceño, de miembros finos. Nadie al verlo hubiera dicho que había acabado con no sé cuántos tigres. Mi tio Manuel me contó que la gran cicatriz del pecho era el zarpazo de un tigre que le había hundido el esternón. Pero la fiera había muerto con el puñal de Bigotes— suave y rápido como una víbora— entre el corazón. El hulero había estado entonces a punto de irse de la vida. Mi tío Manuel se fué a cuidarlo al ranchito de dos aguas, de bijagua y cola de gallo que entonces tenía el hulero en el corazón del bosque. Allí lo veló durante quince noches con la Carmela, la mujer que vivía con Bigotes, mientras el león rondaba la vivienda— se lo veían brillar los ojos en la oscuridad a través de la empalizada— y oían pasar numerosas manadas de chanchos de monte perseguidas por el tigre. Bigotes guardaba por mi tío una profunda gratitud, que nunca se tradujo en palabras sino en actos.

Los peones decían que debía dos muertes.

La voz de Bigotes era suave sin ser femenina. Algo así como la transición entre el silencio y el ruido. Tenía una dentadura hermosa, blanca, pareja; no sabía lo que era un dolor de muela. Sonreía muy pocas veces, pero cuando sonreía, se le iluminaban con el brillo de los dientes, las facciones duras y secas. Recuerdo que en una ocasión al ver un rayo de sol vespertino encender un picacho de roca pelado, recordé la sonrisa en la cara de Bigotes.

¿Cuántos años contaba, cuando yo lo conocí? Entonces a mí me parecía un viejo; ahora pienso que debía tener unos cuarenta años lo más. Hablaba muy poco; sin embargo, cada vez que decía algo, mi imaginación de niño se sentía impresionada y sus palabras me dejaban una multitud de sugerencias. En una ocasión me invitó a pasar unos días en su rancho.

Mi tío Manuel debía saber a qué atenerse, cuando me dejó aceptar la invitación. Y a pesar de los comentarios de los peones sobre las muertes que debía Bigotes, yo no tuve miedo y partí con el hulero.

A día y medio de la finca estaba el rancho de palmilera, muy bien construído, a la orilla de una quebrada. Parecía que el hombre se quería fijar definitivamente en aquel lugar. Descansaba la choza en bases altas y el piso y las paredes eran de tallos de la palma muy bien unidos por medio de bejucos. El techo estaba cubierto de hojas, pero no caía dentro la menor gotera. Todo esto lo había hecho Bigotes sin ayada de nadie, solo, solo. A un ladito del rancho había un pequeño cercado de uno dos metros cuadrados de superficie, limpio de toda yerba, con una enredadera de flores azules adornando el vallado y una cruz tosca de madera a la sombra de un hibiscus o clavelón de flores bermejas. Ahora recuerdo las flores de este hibiscus como unas moñas que la alegría dejara caer allí al pasar volando sobre la selva.

Vivía en la soledad más absoluta, sin la compañía siquiera de un perro.

Los huleros de por estos lados viven casi siempre solos. Ni perro tienen, por que el león lo persigue y acaba por comérselo.

El claro donde se hallaba el rancho era un punto rodeado por la selva. Había que estar atajándola diariamente con el machete para que no lo ahogara.

Nos acostábamos al anochecer protegi-

dos de las picaduras de los zancudos por los mosquiteros, en los duros camastros obra de Bigotes. El hulero se ponía a fumar en su pipa que nunca lo desamparaba. De rato en rato las sombras se iluminaban al resplandor del tabaco encendido. Fuera el murmullo salvaje de la lluvia o aquellos ruidos misteriosos de la montaña en la noche.

Era un silencio tachonado de ruidos como las noches de verano de estrellas. Chirridos de insectos, deslizarse de culebras y fieras entre la maraña. Dijérase que la montaña hervía. Parecía escucharse la savia subir a lo largo de las raíces, de los troncos, de las ramas. Gritos de pájaros que Bigotes sabía clasificar:

—Ahora es una de esas gongolonas redondas y grises de patas azules; ese es un pavón negro de los que enarcan la cresta al cantar; ese otro es una pava canela.

Entre oscuro y claro llegaba a menudo hasta nosotros el rugido del tigre o los aullidos aflautados de los pumas cachorros.

Madrugábamos. Yo me iba a lavar a la quebrada, lleno de temores por aquella masa oscura y monstruosa que me rodeaba. Todo estaba en silencio. los ruídos de la noche se habían callado. Apenas el estridular de un grillo temblaba como una gota de agua sobre la soledad. De cuando en vez, una pequeña manada de zahinos se aventuraba en el calvero e inquietaba la profunda calma con el olor de su almizcle y el ruído de su carrera. El olor del monte se esparcía en oleadas al sentir el aire la vecindad de la luz.

A veces yo acompañaba a Bigotes en sus correrías.

¡Qué admirable sentido de orientación el suyo! ¿Cómo hacía para encontrar el camino entre la masa de hojas y bejucos, cortado de vez en cuando por una picada practicada por los huleros?

Pasaba días enteros sin dirigirme la palabra. Yo era el que preguntaba y no siempre me contestaba. Me informó que de cada árbol se sacaban de quince a veinte libras de hule. Que a él no le hacían daño las víboras porque se había tragado la hiel de una muy venenosa puesta de antemano en guaro, y que eso lo inmunizaba. Cuando encontraba un árbol de hule recién picado, pasaba derecho. Me dijo que un hulero debe respetar el palo que otro acaba de picar.

En una ocasión que debía ir muy lejos, me dejó solo en la casa preparando la comida. En la tarde regresó con una hembra de chancho de monte a la espalda. Tras él venían dos crías con el hocico levantado hacia la madre ensangrentada y sin vida. Bigotes le había vaciado las tripas, y en la cavidad había acomodado una pava canela de carne suculenta. Asamos una pierna del chancho en las brasas. La grasa crepitaba y el ambiente estaba lleno del sabroso olor de la carne aderezada por Bigotes con yerbas olorosas. Dejamos la pava colgada del cobertizo de la entrada para comerla al día siguiente, pero el puma vino a media noche y se la llevó.



En una ocasión le pregunté qué había en el pequeño cercado al lado del rancho y qué significaba la cruz de madera. Bigotes se hizo el que no me oía y yo me quedé con la curiosidad.

A los quice días me sacó a la finca. Cuando estuvimos en presencia de mi tío, dijo:—Valiente el chamaquito, don Manuel.

Un premio de la escuela no me habría dado nunca la satisfacción de aquellas palabras.

«Valiente el chamaquito, don Manuel». Muchos años han pasado después, y quien las pronunciara debe andar entre el polvo de la tierra... A mí me parece estarlas oyendo pronunciar.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Algunas cosas de Bigotes supe más tarde por mi tío don Manuel:

Que uno de los tigres que había matado el hulero, perseguía a la Carmela, mujer de éste; Carmela estaba embarazada y los tigres persiguen a las mujeres embarazadas, me aseguró aquel viejo lleno de creencias y de mañas. La piel que estaba al pie de su cama, era la piel de ese tigre, el más grande que había visto hasta ese día.

Bigotes vivía con una paisana suya, la Carmela, mujer buena y sufrida; era muy simpática, y adoraba a su hombre. A los infiernos era capaz de seguirlo. Y Bigotes, celoso como él solo. Bastante la hizo sufrir con su condenada debilidad.

—Ahora verás, hijo, lo que hizo: vivía entonces en el Colorado. Todos lo vieron embarcarse en la lancha que hace el servicio entre el Colorado y Limón. Apenas desembarcó lo comenzaron a atormentar los celos. ¡Quién sabe Carmela!... La verdad es que no le tenía mucha confianza. Cuando se metió a vivir con él, estaba muy lejos de ser una santa. Y después aquel Escobar, el hondureño de Belice. . . Ya algunas veces lo había sorprendido pasándole por la puerta con los zapatos amarillos de dominguear y esto en día de trabajo, y queriéndose meter entre la casa con los ojos. Pero lo que era de él de Bigotes nadie se reía.

Y nuestro hombre, sin saber cómo ni a qué horas cogió el camino hacia el Colorado, por la playa. Anda y anda. Atravesó a nado las bocas de los ríos sin pensar en los tiburones. Cuando tenía sed se subía a los cocoteros a coger pipas para beberse el agua; y si le apretaba el hambre comía icacos. Llegó de noche a los tres días de caminar, con los pies despedazados. Nadie lo vió. El rancho estaba iluminado. Se deslizó sin hacer más ruido que una serpiente. Pegó los ojos, de las rendijas, y allí estaba Carmela. . . con unas piernas en los regazos. . . Pero eran las piernas de unos calzones de Bigotes que la pobre estaba remendando.

Aún creo oír la carcajada sabrosa de mi tío Manuel al terminar su relato.

Carmela le había contado la aventura en gran secreto. Parece que ella esa noche, comenzó de pronto a sentir un desasosiego. le parecía que alguien rondaba el rancho; era como si unos ojos le estuvieran escarbando los pensamientos. Ni el menor ruído fuera. No pudo resistir y fue a abrir la puerta. De entre las sombras surgió una figura. ¡Qué susto se llevó Carmela! Era Bigotes. En la zurda—porque era zurdo—tenía todavía el puñal desnudo. No contestó a sus preguntas. Se acostó y durmió hasta la tarde del día siguiente. Y después nunca le habló de aquello ni le explicó nada. Pero Carmela todo lo comprendió.

Carmela se le murió al hulero al dar a luz un niño. Fué unos cuatro años después que Bigotes se vino a instalar en el lugar adonde yo lo visitara. Era la primera vez que iban a tener un hijo. El hulero gastó sus economías en cosas para lo que iba a nacer. Fué entonces que levantó el rancho de palmilera con aquellos sus pisos y sus paredes tan bien construidos con tallos de palma. El rancho de dos aguas de bijagua y cola de gallo no le parecía propio para recibir a la criatura. Madre e hijo murieron al nacer éste. Limpió bien un pedacito a la vera de la choza y allí los enterró. Después cercó el pequeño campo, plantó el hibiscus y puso la cruz. Más tarde enterró allí también a Patas, un perrillo saguate a quien Carmela quería como a las niñas de sus ojos. Había sido el compañero inseparable de ella durante los años que habían vivido en ese lugar. Lo habían acostumbrado a estar siempre entre el rancho para que el león no se lo comiera. Pero una vez muerta Carmela, el perrillo se iba detrás de Bigotes y sucedió lo que tenía que suceder: un buen día, mientras Bigotes recogía hule, oyó ladrar a Patas. Cuando acudió, ya el león había matado a su compañero. El hulero pudo acabar con la fiera y llevarse al perro muerto que enterró junto a Carmela.

Mi tío Manuel sorprendió una tarde de verano a Bigotes sentado en un tronco dentro del vallado, fumando su pipa.

Yo volví a la ciudad, y durante mucho tiempo pensé al anochecer—con una intensidad semejante a la de este momento—, en el hulero solitario y callado que vivía en el corazón de la selva, a día y medio de la habitación más próxima, junto al lugar en donde tenía enterrados a su mujer, a su hijo y a su perro.

*Carmen Lyra*

*(Envío de la autora).*

San José, C. R. Abril de 1930.

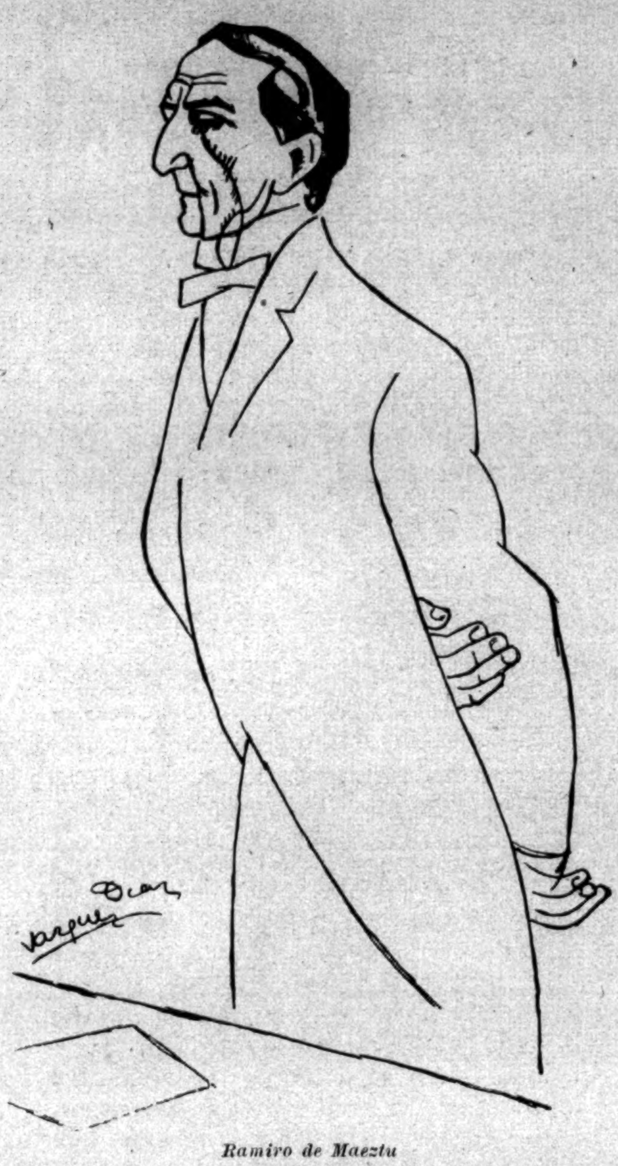
# El espíritu de la economía Ibero-americana

*Dos o tres veces, nos encargó Omar Dengo, educador y adalid, que reprodujéramos esta conferencia de Maeztu, pronunciada en la* UNIÓN IBERO AMERICANA, *Madrid, en abril de 1927. Ahora nos parece oportuno complacer al amigo ausente, que sigue guiando y aconsejando. Como él, creemos que la lectura de un trabajo de esta índole deben hacerla, y meditarla, los hispanoamericanos conscientes, y preocupados.*

*Señoras y señores:* He de empezar por excusarme, ya que esta conferencia debía haberse celebrado algunas semanas después, y es natural que la anticipación me haya privado del tiempo que hubiera necesitado para dar a un discurso lo que es toda su gracia, a saber, el arte de hacerlo agradable de oír, tanto más cuanto que se trata de materia en la que puedo decir que me hallo tan versado que no he pensado en otra cosa apenas, desde que tuve uso de razón; porque todas las circunstancias de mi vida y de mis antecesores me han predispuesto para el examen de esta cuestión que voy a abordar esta noche, que es un estudio rápido y somero del espíritu de la economía iberoamericana, en contraste con la economía de otros países, y especialmente de los Estados Unidos de la América del Norte.

Porque hijo yo de cubano de una parte, de madre inglesa de la otra, con un contraste de sangre y de psicologías, que hacían llevar las conversaciones familiares a las diferencias de costumbres de los distintos países, de las distintas razas; vascongado, de otra parte, y muy tradicionalista en cuanto a mi educación; pendiente para mi educación y subsistencia durante la niñez y adolescencia de los giros que venían de América, que algunas veces eran mayores de lo que esperábamos, y otras veces menores, y otras dejaban de venir en absoluto; habiendo pasado los años decisivos de la primera juventud entre 1891 y 1894 en Cuba, en un momento en que cubanos y españoles no se hablaban, porque eran los años que precedieron a la revolución y a la independencia del país, puedo decir mi propia formación se hizo en el contraste de mis sentimientos nacionales con la crítica de hombres que iban a alzarse en armas contra España. De una parte, mi condición de hijo de cubano, dábame acceso a las conversaciones y quejas de los hijos del país. De otra parte, mi naturaleza y educación españolas, me facilitaban el cambio de ideales con los peninsulares residentes en la Isla.

Todo ello hace que empiece a escribir casi en el año mismo del grito de Bayre (1895), comienzo de las catástrofes coloniales, y que en 1898 fuese uno de los hombres que ven venir, por el conocimiento adquirido en Cuba de la potencialidad enorme de los Estados Unidos, la catástrofe irremediable; que la ven venir, pero que la lloran con más amargura, y que de ella toman la sustancia de una idea nueva de regeneración, de progreso, de fuerza nacional, porque desde entonces parece que todas las lecturas y reflexiones mías se unifican hacia un solo punto que consistía en preguntarme, como se había preguntado un publicista francés, Desmolins: *¿A quoi tient la Supériorité des Anglosaxons?* (En qué consiste la superioriad de los Anglosajones?). Y luego, a la primera ocasión, fuí a Inglaterra, donde pasé quince años estudiando este punto, aunque sin dar con la respuesta, a pesar de su evidencia, que me propongo mostrar esta noche. Por algo daban los griegos a la verdad el nombre de *aletheia*. Es algo que surge de las cosas olvidadas, o más bien descuidadas, no porque se halle como dice Heráclito, en el fondo de un pozo, sino porque hace fal*ta* que las circunstancias nos coloquen en el punto propicio, en la perspectiva especial, desde donde mejor puede verse.




*Ramiro de Maeztu*

Dibujo de *Vázquez Díaz*

Por estas circunstancias creo que el enorme conflicto de razas e ideales que tiene América por teatro, ha encontrado también espectador singular en mi alma, porque todo el curso de mi vida me preparaba a encontrar lo que creo que es la verdad, y si sólo di con ella cuando entraba en los cincuenta años; por lo menos, puedo decir, en excusa, que toda la vida la estuve persiguiendo.

La verdad la puede conocer hasta un estudiante de Instituto respecto de los Estados Unidos. La independencia norteamericana se hizo a un grito solo: *No taxation without representation.* (No contribución sin representación.) No paguemos más impuestos que aquellos que nosotros mismos votemos, para nuestro servicio. Este hecho ha sido más o menos ocultado, deformado, transformado, por ciento cincuenta años de interpretaciones formales, jurídicas, abogadísticas. Se ha pensado en lo que se dice en la Declaración de Virginia o en la Declaración de la Independencia, respecto de que todos los hombres son igualmente libres por naturaleza. Podía haberse pensado algo más en aquella otra declaración según la cual los Gobernadores y Magistrados no han de ser considerados sino como los servidores y depositarios de la comunidad. Pero todo esto es alejarnos del centro de la cuestión y de la esencia y razón de ser de la independencia norteamericana.

Los norteamericanos del siglo XVIII eran colonos, comerciantes, industriales, agricultores, banqueros, que veían abierto ante sus ojos un horizonte de posibilidades infinitas y que no querían que el Gobierno inglés, por medio de los recaudadores de contribuciones, pusiera en Peligro aquel vasto porvenir de riqueza que se abría ante su vida.

Había un Rey en Inglaterra—un Rey Jorge—, que se encontraba limitado por su Parlamento, que no podía cobrar las contribuciones que quería, porque el Parlamento era y es en Inglaterra el supremo poder. El Rey Jorge imaginó que las podía cobrar en las colonias de América, y los americanos no las quisieron pagar, ni quisieron que su desarrollo capitalista se viese coartado por el Gobierno, y mermado por el recaudador de impuestos, y este hecho, elemental y obvio, que lo pueden saber los estudiantes de Instituto, es, sin embargo, el *alpha* y el *omega* y la razón de ser de los Estados Unidos de la América del Norte. Hecho suficiente para explicar que actualmente sean el pueblo más rico y poderoso de la tierra. Que esto es así, se confirma con la lectura de los folletos de aquellos tiempos.

Hamilton y Jefferson advierten que aquella actitud de los colonos norteamericanos, negándose a pagar contribuciones, era en realidad el motor y esencia de la independencia. Le faltaba, sin embargo, una cohesión superior, algo que pudiera hacer que se constituyese un estado de aquella rebeldía contra el impuesto y los 85 artículos que componen la colección de *El Federalista*, tratan de persuadirles de que es necesario formar la Unión, y que, además, es necesario dar a la Unión el poder de cobrar impuestos, lo que llama Hamilton un poder general de imponer tributos. Hasta cierto punto esta campaña tiene éxito. No cabe duda que ha llegado a constituirse una Unión norteamericana, sobre todo después de la Guerra de Secesión; pero de momento, la resistencia de las Colonias a esta unión fué tan grande que ocho años después de la independencia, el embajador Mr. John Adams, fué a Inglaterra a negociar un Tratado de Comercio, encontrándose con que el Foreign Office le dijo que no tenía poder suficiente para negociar, pues se necesitaban trece Embajadores representantes de los trece Estados constitutivos de la Unión, y Mr. Adams tuvo que pasar por la humillación de confesar ante el Foreign Office que, en efecto, sus facultades no eran suficientes para concertar un Tratado de Comercio.

De manera que podemos aseverar taxativamente, que la razón de ser de los Estados Unidos de la América del Norte consiste en que sus colonos eran señores capitalistas que no quisieron que su capital se viese mermado por los recaudadores de impuestos.

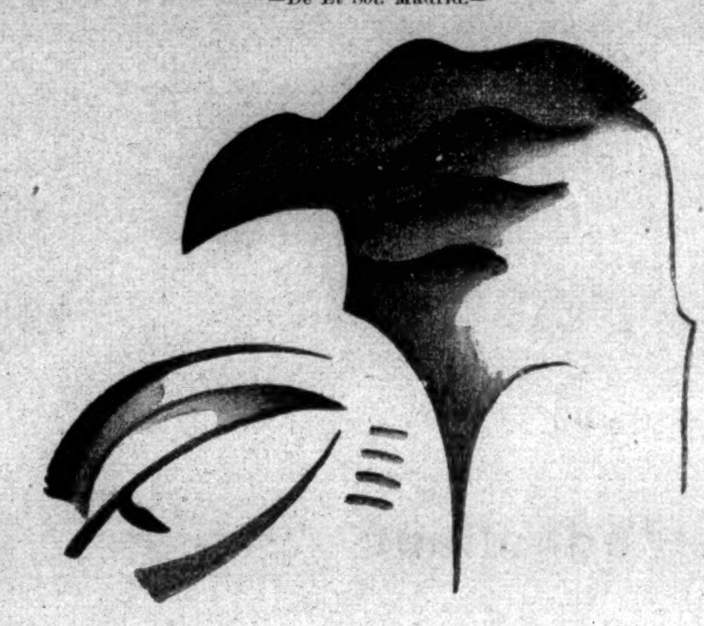
Nada semejante encontramos en los documentos de declaración de la Independencia de las Repúblicas Hispanoamericanas. Por el contrario, yo he pasado la vista por muchos manifiestos de aquella época, he leído

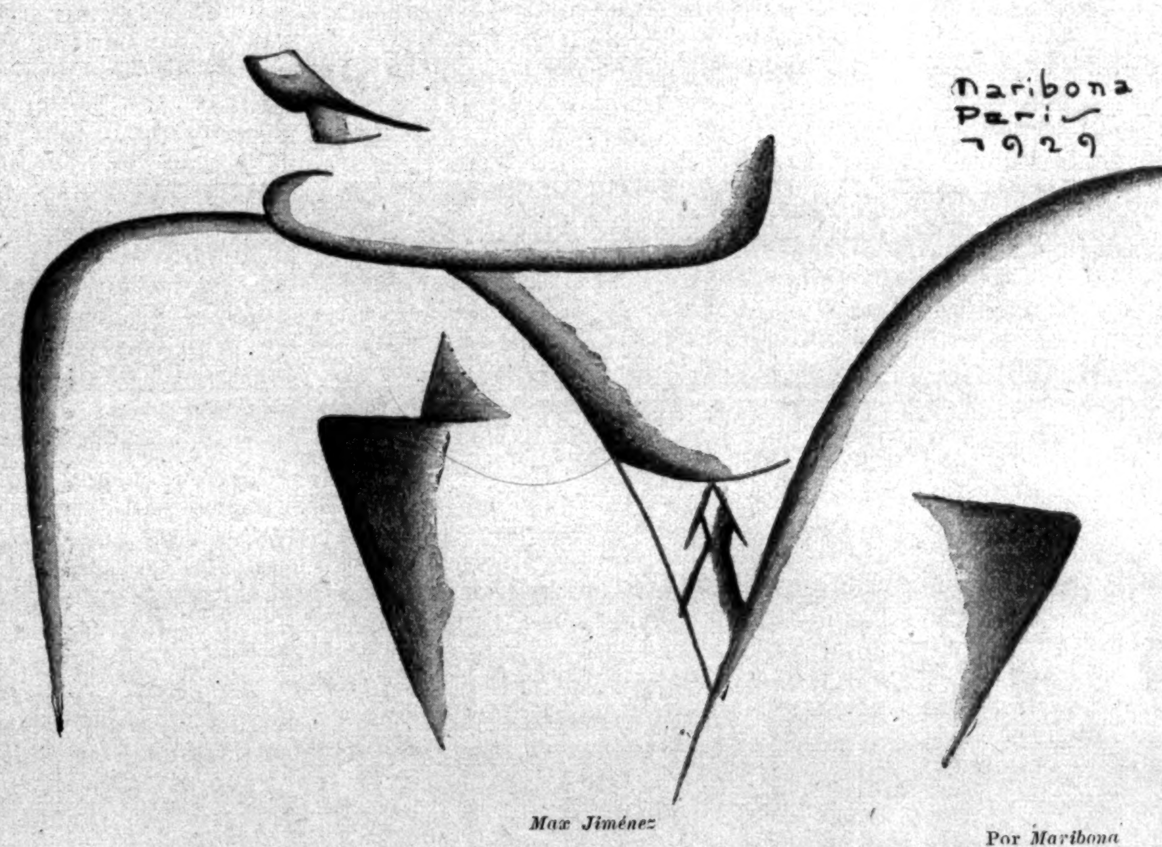
(Pasa a la pág 267).

# Max Jiménez y sus versos

## *Gleba* y *Sonajas*

=De *El Sol*. Madrid.=






*Max Jiménez*

Por *Maribona*

Los dos últimos libros de Max Jiménez — *Gleba* y *Sonajas*—y la traza del autor, antiliteraria, antilibresca, confirman esa impresión de campesino intelectual americano, que realiza con su viaje a España el caso contrario de nuestros campesinos emigrantes. Nostalgias hondas sin elaboración artística, instinto ávido de las tierras nuevas, en este caso tan viejas, fe en la duda como camino; y la inquietud de la forma, que en el campesino español es la necesidad de encarrilarse, y en Max, la de descarrilar a gusto por un precipicio original.

Max Jiménez ha sido escultor. Trae de Costa Rica en bocetos magníficos sus versos de barro americano. París les ha puesto una capa de barniz, que saltará pronto, y Castilla les dará seguramente el vaciado definitivo. ¿Lo desea el poeta? En todo caso, lo desean sus versos sensuales, desbordantes, de contorno inseguro. Lo desean como el agua del torrente desea el equilibrio, y lo buscan con el mismo impulso natural y espontáneo.

Max Jiménez denota ya en algunos poemas de este último libro — *Sonajas*—el vaciado en metal de la técnica. La técnica, tan poco grata a los grandes intuitivos, encierra una ley inexorable. Es necesario someterse a ella o crear otra más fuerte. Max Jiménez ha encauzado su poderosa sensualidad, su gusto por la acumulación de vaguedades, de fuertes tenuidades, en algunos de los poemas de *Sonajas*. He aquí *Cámara lenta*, que dedica a Díez-Canedo: «Un atleta saltaba, — y meditando su brinco—se quedaba en los aires...—Un caballo se ataba en cuerda lenta — por las patas;—y el jinete caía sobre el flexible—y mullido suelo.—Pasó un cortejo fúnebre — con su muerto en eterno *ralentir*...—Yanquilandia palpitaba —con corazón de *slow-motion*. — y bajo un árbol de invierno—bocas de primavera se juntaban — sintiendo lo eterno en eterna lentitud.» Pero lo sustancial en ambos libros es la voluptuosidad del campo, mezclada en su expresión más tierna con ese cultismo y urbanismo de los jóvenes poetas. No hay que olvidar que la melancolía de la ciudad es en Max un sentimiento casi agrícola.

Se ha comparado al poeta con Amado Nervo. Surgen ante la comparación mil reservas; pero las fluctuaciones del estilo en busca de lo plástico — barro americano — dan a veces un destello que se atribuiría al gran poeta mejicano. Así en *Pudor*, breve y exquisito, tremante de limpia sensualidad. Y en ese doble fondo que a lo largo de *Gleba* se advierte, tierno, sombrío y profundo. Max Jiménez se distinguirá ante todo de Nervo en su fruición por el paisaje. Sus ideas, sus sentimientos, no tienen más objeto que servir al paisaje, completarlo, humanizarlo. Su lirismo no es hacia adentro, sino expansivo; generoso, cifrado en un *ego* agreste que se diluye en los cuatro horizontes.

Tiene el poeta sangre india y española. Su padre, español puro nacido allá; su madre, nicaragüense — tierra de Rubén—, le

## La poesie harmonieuse de Max Jiménez

(Envio del autor)

*Le mot harmonieux est souvent galvaudé. Avec Max Jiménez it faut le réhabiliter. Il suffït de le dire a propos de ces vers si élégants; et si chatiés pour que des échos subtils répétent le mot harmonie dans chacun des poémes qu'on se lit a soi-même avec déléctation.*

*Max Jiménez a le sens du matériau poétique. Pour lui, c'est; je crois un ornement et a la fois un guide.*

*D'abord, pourquoi ne pas le dire? la preface par laquelle débute Jiménez m'a ému. Voila-til pas un poéte qui débute par un acte d'humilité?*

*Je sais qu'il y a, aussi, dans cette déclaration de principe sur ce livre et la technique du poéte, un aveu de genre litteraire choisi de préférence a d'autres. Mais, n'importe, Jimenez considére que de par sa technique et son inspiration il est amené a «remuer la terre du passé» et l'on en voit l'effet dans le mouvement trés traditionaliste de ses poémes. De même que l'on constate son intelligent a conscience du temps présent par la valeur et la nouveauté de ses images.*

*Classicisme-tel que l'on voudrait le voir toujours chez les poétes de la jeune Espagne qui se réclame, en vers, de Fray Luis et de Gongora. Voici qui n'est point de l'affectation: l'auteur ne croit rien avoir inventé. Méfiez-vous: ce sont ceux la qui nous exhibent de l'inédit. Car le poéte qui a l'oeil fixé sur l'effet des ses vers perd de vue el de sentiment la création pour ouir les louanges, que, quelquefois, il n'attend pas et se donne lui-même.*

(Pasa a la pág. 263.)

han dado un temple criollo en el cual prevalece América. Lo mismo le pasaba al autor de *Azul*, y bien querríamos que Max confirmara la excelencia del origen materno, las singulares virtudes de la tierra heroica, de la tierra de los volcanes y los grandes lagos. Pero el autor nació en Costa Rica, país donde América se mira con la sugestión de la sensatez y la inteligencia. La única nación americana donde el gesto no se cotiza. Y es quizá el país más pequeño, el que mejor se haría disculpar.

Trae Max Jiménez su *ralenti* campesino a la vida europea. No comprende que los hombres muden su sensibilidad en cada país, que lo accesorio de la civilización les llegue a lo hondo, los turbe y trasforme. El hombre es la unidad exclusiva de lo eterno. Corre el mundo —Nueva York, París, Berlín, Madrid— con su aire sólido de granjero, creando el contraste alrededor. Una de sus grandes contrariedades de escritor la sufrió el día en que un amigo le corrigió una frase sencilla y expresiva, poniendo en su lugar «comercio espiritual» Le aterra la idea de que su amigo, a quien estima, le considere capaz de decir eso.

Es la salud, casi insolente, de los poetas criados en el campo.

Ramón J. Sender

---

# Un héroe stendhaliano

=De *A B C*. Madrid=

No puedo ver ni oír con indiferencia el nombre de Simón Bolívar. El menor párrafo que leo de él me produce emoción Los menores detalles de su vida, brillante y atormentada, me interesan sobremanera. Si gozase de independencia económica, me dedicaría al estudio de Bolívar, como Bouteron al de Balzac.

Se comprenderá con qué simpatía acogería la publicación de una revista que se inicia bajo los auspicios del libertador. El fundador y redactor-jefe de *Bolívar*, Pablo Abril de Vivero, es un exquisito poeta peruano, y su entusiasmo por el más genial de los hispanoamericanos no es menor que el mío. Nos reune y eleva nuestra común admiración por Simón Bolívar, verdadera personificación del héroe stendhaliano, que ama la acción por la acción, que es adorado por las mujeres, que vive por un ideal y desprecia al mismo tiempo la muerte, que ve más clara y escribe más elocuentemente después de un vals; en fin, un hombre de imaginación ardiente, que vivió su sueño. «Conductor de hombres, libertador de pueblos, fundador de Repúblicas: juvenil, enamorado, amante de aventuras, heroico, creador de lo imprevisto, ha enriquecido al mundo», escribe de él Etienne Burnet en *Les Nouvelles Littéraires*. Si Stendhal lo hubiese conocido (ambos nacieron en 1783), se hubiera enamorado de él, como de Napoleón, al cual Bolívar es superior en muchos aspectos.

---

La revista *Bolívar*, juzgada por el primer número, contribuirá seguramente al conocimiento más exacto de Hispanoamérica entre nosotros. Francamente, creo que, a pesar de la actividad de beneméritas Sociedades y revistas iberoamericanas, queda aún mucho por hacer en este terreno. Precisamente por hablar castellano, aquella parte del mundo no ofrece generalmente al público español suficiente atracción de exotismo para interesarle de modo especial. Por otra parte, muchos Gobiernos americanos dificultan la difusión de una información exacta, anteponiendo a ésta una propaganda acerca de las «riquezas inagotables» de sus respectivos países, la excelencia del régimen existente y la mala fe de sus adversarios. Tenemos la impresión de que *Bolívar* no va a caer en este defecto.

Pero la revista de Abril de Vivero no sólo quiere ser un órgano de información, sino también—por lo menos hasta cierto punto—de combate. La revista identifica a Bolívar con el ideal democrático, lo que me parece indiscutible mientras se trate de la democracia como un ideal, aunque no de realización inmediata en todos los países. Si Bolívar sólo hubiera sido un idealista, no podríamos ver en él uno de los mayores genios políticos de los tiempos modernos. Su genio consiste precisamente en que el entusiasmo por su ideal no haya podido ocultarle la realidad. A partir de Angostura, en 1819 (y quizá antes; escribo sin documentación), se pueden encontrar en los discursos, proclamas y cartas del libertador tantas palabras amargas contra los ideólogos impacientes y peligrosos, y tantas frases correspondientes al concepto de la relatividad en la política, que historiadores serios y concienzudos como el francés Marius André y el venezolano Vallenilla Lanz (y, si no me equivoco, también el peruano Víctor Andrés Belaunde) han podido presentar a un Simón Bolívar antidemocrático. No sé si es conveniente ir tan lejos, pero es indudable que Bolívar fué muchísimo más que un Hegéssipe Simon americano; que, a pesar del noble idealismo, veía claramente la realidad implacable, y que jamás perdía de vista la influencia del clima, el grado de civilización y el carácter particular de los países, cuando se trataba de darles una Constitución que no fuese para ellos una Constitución exótica, una mera Constitución de papel.

La revista que comienza su vida bajo los auspicios del libertador, sale en el año en que se celebra el primer centenario de su muerte, triste y desoladora, en el campo de Santa Marta. «He arado en el mar», exclamó Bolívar, pobre, abandonado, calumniado y desengañado de los pueblos, que son caprichosos como los niños y olvidan con la misma facilidad que los niños.

Andrés Revezs

---

## *La poesie harmonieuse...*

(Viene de la pág. 265.)

*Max Jiménez, dans la vie: un tendre, n'a pas de pitié pour ses vers. Il les a travaillés, oui dissons le mot. Et il ne s'en repent pas. Le lecteur l'en louera.*

*Je sais un poéme archaisant de Jiménez qu'on jurerait échappé des Petites Fleurs de Saint François. Mais l'ame franciscaine du poéte qui lui fait voir «la paix verte ou s'etend la plaine» et le persuade que «la tour signale une étoile», ne l'empéche pas d'être lui-même, c'est a dire un musicien. Ici, naturellement, le traducteur demeure impuissant. Les mots sont des trous noirs dans un carton national que le pianola d'un autre idiome ne peût intérpreter. Ce poéme* Gris *et qui est d'argent, de vibrations sereines de choses menues mais harmoniques, ce poéme servira de modéle a des artisans du verbe, en Espagne.*

*Je pense également á certaines strophes des poémes primitifs castillans, Mio Cid, devant le déroulement pur et cadencé des couples de vers de Jiménez; comme dans les piéces San Juan Bautista...*

Paris, 1930.

Adolphe de Falgairolle

---

*«Mi técnica y mis aspiraciones se explican por el título* Gleba, *remover la tierra del pasado, y dejar caer en ella la propia semilla, que, aunque humilde, abriga la esperanza de dar una cosecha en el futuro».*

*Así dice el autor de* Gleba *(Editorial* Le Livre Libre. *Paris) al frente sus poemas. En efecto, Max Jiménez, de rostro y atuendo líricos infantiles—de niño grande y asombrado—ha de suscitar en otra ocasión comentarios más extensos. Uno muy halagüeño podía desde luego suscitar: un punto de partida para contemplar y expresar el mundo—ex-exterior o interior—, no debe ser cierta falsa tronera erudita, no el caballo frenético de la fantasía, ni el vago cojín de una nube, sino la tierra, la tierra húmeda, quebradiza, tierna, caliente, firme, en definitiva. Es decir, las raíces vegetales, las más hondas, de un indudable temperamento lírico, primera piedra—aunque a simple vista primera pella de barro—sobre la cual, como sobre lo más auténtico, se edifican todas las personalidades literarias.*

*Lo demás, todo lo que falta, irá trayéndolo una sucesiva depuración de medios expresivos: un más gentil desembarazo de añejas ligaduras—emotivas, unas; formales, otras; explicables, ahora, todas.*

Benjamín Jarnés

*(Revista de las Españas. Madrid.)*

# Glosas

=De *ABC*. Madrid=

***Antonio Rubio y Lluch.***—Tanta reputación de particularismo como tienen esas tierras de nuestro Levante, y mirad, mirad cuántos y cuán grandes apasionados de la diva unidad nacen en ellas. La unidad del humano saber, ¿quién ha podido amarla más denodadamente que Raimundo Lulio, si no es, pasados los siglos, el gran Leibniz, soñador como él de un sistema universal y completo, donde se reuniesen, en orgánica forma, así la del árbol, todos los conocimientos posibles? Y, por la unidad religiosa, cuando los negros días dei Cisma de Occidente, ¿quién agonizó como Vicente Ferrer?... Vicente Ferrer era valenciano; Ramón Lull, mayorquín; Juan Prim—en el más estricto de los sentidos de la palabra—catalán. Pues, tan impaciente fué éste de unidad política como los otros lo habían sido de unidad científica o religiosa. Conviene leer y meditar — salvando obstáculos de toda suerte—los libros recientes de otro gran amigo de unidades, el singularísimo e inquietante Francesc Pujols, para alcanzar a entender hasta qué punto la política de las grandes incorporaciones fué la política del imperialismo hijo de Réus.

Y he aquí recibido estos días como suyo, por la Real Academia Española, otro varón de allí, admirable en el calor y el esfuerzo, en el servicio de la unidad. La tradición de una compatibilidad armoniosa entre las dos expresiones lingüísticas de Cataluña, él la continuó y la mantuvo, en su obra, en su estudio, en su familia, en las personales manifestaciones de su espíritu, contra viento y marea, hasta en los momentos en que el ambiente pareció volverse más esquivo a esta concordia y en que las actitudes de recíproco exclusivismo amenazaron volverse ley común. Pero en esto, después de todo, el precedente ya existía; la hazaña era, sobre todo, moral; de heroísmo más que de invención. Más fuerte, y de mayor maravilla



*Rubio y Lluch*

Dibujo de *Solís Dávila*

intelectual, esta sorprendente empresa unitaria que consistió en introducir, medio siglo hace ya, en la misma hora, si no antes, que Juan Valera y que Menéndez y Pelayo, él hispanoamericanismo. Aquella superación general—cuando la herida de las separaciones ultramarinas hacía tanto daño aún—supo Rubio vencerla abriendo los brazos y los impulsos de la curiosidad y todas las luces de de la mente, para una obra de información y de comprensión. Así, donde una colonización terminaba, venían a conservarse idealmente sus elementos de síntesis, en la transfigurada aparición de un místico Imperio.

***Un "escritor regional".***—Pero a tan gran fervor unitario esta doble incorporación no bastaba. Unidad de Nación, unidad de Imperio, no apagaban aún la sed generosa de su espíritu. Una intuición de unidad de Cultura—de solución reflexiva no se puede hablar, puesto que, en el momento en que ello se producía, el problema teórico de la que se llama «pluralidad de culturas» todavía había de tardar algún tiempo en plantearse—; una intuición, más inspirada quizá en el *gusto* clásico que en la *tesis* del clasicismo, vino a completar providencialmente el sentido unitario de la producción literaria de Rubio y Lluch. El contorno de España se había delineado ya, íntegro, en su mente y en su corazón, cuando lo abrió de nuevo, para dar cabida en su trazado a la simbiosis de un continente entero, a la viva realidad espiritual de nuestra América. Poco más tarde un nuevo ensanchamiento se impuso. Ahora todo el Eucúmeno iba a entrar. Iba a entrar, bajo especie de Grecia, denominador común de humanidades: y no ya en forma de la Grecia muerta y embalsamada, sino de la viviente. Viviente en las ruinas, viviente en los textos... La educación romántica bien había enseñado, en la familia de este hombre, cómo ruinas y libros pueden vivificarse.

Así, dentro de la economía íntima de su obra intelectual, Cataluña vierte sus riquezas en España; España, en América; América y España, en el mundo. Ni frontera geográfica contuvo esta obra, ni muro doctrinal la aisló. Oreada por las auras de tantos climas, onerada por la dignidad de tantas tradiciones, ¡cómo adivinamos la sonrisa de quien la creara cuando le oímos, calificarse a sí propio, de «escritor regional», con una modestia que en su ironía no deja de tener puntos de semejanza con la de aquel que, entre los sofistas retorsos, se quiso definir como diletante!

***Vindicación.*** — «Aficionado a la sabiduría...» «Erudito provincial...»

Bien; luego pesan los tiempos y ajustan las cuentas.

*Eugenio d'Ors*

---

muchos discursos y publicaciones, y no encontré nunca expresado, en primer término, el motivo económico.

Por ejemplo, uno de los más antiguos fué el manifiesto de la Paz del 27 de Julio de 1809. En ese manifiesto encuentro que se dice: «Hemos sufrido con tranquilidad que el mérito de los americanos haya sido título cierto de humillación y ruina. Ya es tiempo de sacudir un yugo tan funesto a nuestra felicidad como favorable al orgullo español».

Motivo económico de la Independencia no aparece para nada en esas páginas. Cuando se dice en ellas: «Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria», el concepto de los intereses se halla inmediatamente ligado al de Patria, que pierde, naturalmente, todo sentido económico para adquirir otro idealista. Si analizamos estos documentos, o los discursos y proclamas de Bolívar y otros caudillos con sensibilidad y buscamos entre los diversos móviles cuál es el más fuerte, el más poderoso, el más enérgico, el que lanzó a los americanos a la pelea por la Independencia, yo creo que podremos decir sin vacilación que este motivo

## Espíritu de la economía...

(*Viene de la página 264*)

fué el orgullo. Se sentían hijos de una tierra grande; no ocupaban el primer puesto en ella y les era insoportable sufrir una humillación de precedencia y renunciar a ese primer puesto a que se sentían con derecho.

Por ejemplo, el 21 de septiembre de 1808 la ciudad de Montevideo fué la primera en constituirse en cabildo abierto y, para excusarse el Dr. Pérez Castellanos ante su Obispo, que era el de Buenos Aires, le escribió una carta en que decía: «Si se tiene a mal que Montevideo haya sido la primera ciudad de América que manifestase el noble y enérgico sentimiento de igualarse con las ciudades de su madre patria».

Este orgullo es lo fundamental, lo esencial de la Independencia e insisto en señalarlo porque, por otra parte, me atrevo a esperar que este mismo orgullo será, en último término, el resorte de la salvación y el bienestar y el esplendor de los pueblos de América. Pero es un hecho indiscutible que el motivo económico no aparece en el primer momento de la declaración de la Independencia.

Así es que hay un contraste capital, fundamental, entre la Independencia de los Estados Unidos del Norte y la de los países hispanoamericanos. Éstos, pelean por la dignidad, por la precedencia; los Estados Unidos, por el libre desarrollo de sus intereses y de sus capitales.

El norteamericano no quiere pagar contribución; lo que pague por este concepto ha de ser él quien lo imponga; no tiene idea del Estado, llega a constituir Estado al cabo de unos años porque sin Estado no se puede vivir, porque sin Estado no puede presentarse colectivamente en el concierto de los pueblos, pero llega a él paganamente obligado por la fuerza de las circunstancias. El suramericano, por el contrario, en lo primero que piensa es en el Estado porque ve en el Estado la premisa de la Sociedad, la primera columna social. Y, a propósito de este contraste capital entre el modo de ser de los norteamericanos y los suramericanos, si me permitís la frase, os diré que los norteamericanos pelean por el poder del dinero, y los hispanoamericanos, en cuanto tienen alguna preocupación económica, no pelean sino por el dinero del Poder. *(Risas).*

El contraste, como veis, es total.

Ahora bien; si se quiere comprender igualmente cómo este orgullo hispanoamericano, que llevó a aquellos pueblos a la Independencia, pudo y puede llevar a los pueblos de nuestra raza, de nuestra habla y de nuestra cultura a un grado de esplendor más alto del que jamás soñaron, no he de hacer sino recordar el ejemplo de un pueblecillo remoto y perdido, pueblecillo mejicano enclavado actualmente en el corazón de los Estados Unidos. Este pueblecillo se llama La Vega y está situado en las montañas rocosas, no muy lejos del Colorado, a unos doscientos kilómetros.

Pues bien, este pueblo, como todo aquel territorio, fué anexionado a los Estados Unidos en el año 1847, pero los mexicanos de La Vega continuaron viviendo de la misma manera que antes. Pasaron los años y los Estados Unidos se desarrollaron al punto que pudieron tender ferrocarriles, de Este a Oeste, por la parte Sur del territorio y cuando el ferrocarril se acercó a La Vega, un grupo de familias norteamericanas se fué a establecer allí cerca. Vivieron las dos poblaciones separadas por algún tiempo, uniéndose después, para constituir lo que llamaríamos los españoles un Municipio; pero los mejicanos pronto se dieron cuenta que la vida de Municipio en Norteamérica era muy costosa. Los norteamericanos tenían unas escuelas muy ricas que, naturalmente, había que pagar; buen servicio de agua y limpieza, con alcantarillado por las calles; una ley de pobres para socorrer y amparar a los necesitados, en fin, multitud de comodidades, que significaban grandes tributos, que los mejicanos no estaban dispuestos a pagar, por lo que deshicieron la incorporación y siguieron viviendo su vida antigua; y los norteamericanos, la suya.

Pasaron los años y la ciudad norteamericana creció en esplendor. Mientras tanto, los mejicanos siguieron viviendo su vida antigua hasta que, en un momento dado, cambió de dirección el orgullo de los mejicanos, cambió de Norte a Sur aquel orgullo de antes, que consistía en prescindir de todas aquellas comodidades y lujos que los norteamericanos necesitaban, y los mejicanos se dijeron: «No. También nosotros podemos tener escuelas ricas, villas espléndidas, servicio de limpieza y alcantarillado en las calles y comercios e industrias.» Y, en efecto, adoptaron la resolución de volver a incorporarse a la población norteamericana y desde entonces empezaron a señalarse por la perfección y la excelencia de todos sus servicios municipales.

No es un caso único, no es un caso escogido, hay númerosos casos de pueblos enclavados en Nueva Méjico, en donde los estudiantes mejicanos se distinguen por ser los primeros y más aventajados y las poblaciones por ser las primeras y más aventajadas en el comercio, en la industria y en todas las manifestaciones de la vida moderna.

Este ejemplo es, en sínstesis, el cambio de dirección del orgullo que yo decía antes y creo sería también este orgullo en los pueblos americanos el resorte más eficaz para sacarlos de la condición actual de pueblos económicamente, deudores antes que acreedores y constituirlos en pueblos dueños de sí mismos y aún én pueblos acreedores de los demás. *(Muy bien).*

Ahora bien, este hecho de que los Estados Unidos al hacerse independientes pensaron sobre todas las cosas en el motivo económico, mientras que los hispanoamericanos no pensaron en la Economía o la dejasen relegada a un lugar subalterno, tiene naturalmente sus causas, como también sus consecuencias. Sus causas y antecedentes han de encontrarse en las distintas psicologías de unos y otros, en su distinta historia, en sus diferencias religiosas, etc. Por ejemplo, el filósofo que visitó Madrid hace unos meses, Conde Herman Keiserling, en su libro *Diario de viaje de un filósofo*, observa que en los Estados Unidos todas las confesiones religiosas coinciden en un punto y probablemente tan sólo en este punto, y es en considerar el bienestar como un signo de la gracia divina, y este hecho tan curioso, tan extraordinario para nuestra psicología, no es un fenómeno que se diera en el siglo XVII y haya dejado de producirse después.

He traído un libro norteamericano, del actual año 1926, no del 1826. Su autor Mr. Thomas Nixon Carver es el Profesor de Economía en la Universidad de Harvard. Es la más importante de las Universidades norteamericanas. No hay en ella más que una cátedra de Economía. Su ocupante puede considerarse como el economista oficial de los Estados Unidos. Dicho tratadista, al explicarse la enorme riqueza que tienen los norteamericanos, la atribuye sencillamente a un origen ético-religioso: «La sorprendente prosperidad material que nos llega a este país por la persecución del noble ideal de la igualdad bajo la libertad, y nuestro fracaso en desarrollar las artes del ocio, engañan a muchos observadores superficiales haciéndoles creer que nuestros mismos ideales son materialistas. Pero esta prosperidad nos viene precisamente porque nuestros ideales no son materialistas. Nos viene porque perseguimos el exaltado ideal de la igualdad bajo la libertad, como necesariamente ha de venir a toda nación que persiga este ideal de todo corazón y con entusiasmo. Ninguna nación puede dejar de prosperar hasta el límite fijado por sus recursos naturales, si genuinamente busca la igualdad bajo la libertad. Todas estas cosas nos son añadidas precisamente porque buscamos el Reino de Dios y su justicia, como siempre son añadidas y por lógica necesidad han de ser añadidas siempre a cualquier nación que busque de todo corazón aquellos ideales de justicia que son la ciencia misma del Reino de Dios.»

Una cosa semejante en lengua castellana sería absolutamente imposible de leer. No se ha escrito, y probablemente no se ha pensado nunca en nuestro idioma, nada semejante. Pero si queremos buscar la génesis de que en el año 1776 o de la independencia norteamericana se haya podido poner el motivo económico en primer término, no tenemos sino remitirnos a las enseñanzas que en la generación inmediatamente anterior habían recibido aquellos colonos norteamericanos.

El año 1736, cuarenta años más tarde, Franklin escribió un opúsculo titulado *Necessary hints to those who should be rich.* (Indicaciones necesarias para todos los quisieran ser ricos.) Ha de advertirse, para que no se escape, que la vida de Franklín es estudiada actualmente en todas las escuelas de los Estados Unidos, que Franklín y Wáshington son los héroes del país, que todos o casi todos los muchachos de los Estadas Unidos han de intervenir en pequeños debates, para dilucidar si Franklin es más grande que Wáshington o éste más que aquél. Pues en sus *Indicaciones a los que quisieran ser ricos*, habla Franklin del crédito. Dice a aquellos colonos que todo el que tiene crédito dispone no sólo de su bolsillo sino del de sus amigos; el que pierde una tarde no pierde solamente la tarde y los seis peniques que invierte en diversión, sino los cinco chelines que pudo ganar y hasta los intereses que produzcan estos cinco chelines. Dice, por ejemplo, y estas son palabras textuales: «Acuérdate de que el dinero empleado inteligentemente es fecundo y reproductor. Acuérdate de que el penique se convierte en un chelín, el chelín en un chelín y tres peniques, el chelín y tres peniques en dos chelines y estos dos chelines en una columna de libras esterlinas.» «Acuérdate de que el que mata a una cerda aniquila toda su descendencia hasta la milésima generación. El que malgasta una pieza de cinco chelines asesina todo lo que de ella puede derivarse hasta columnas enteras de libras esterlinas.»

Y lo curioso, porque veo que surge las sonrisas al oír estas palabras, es que no se dice esto en un sentido utilitario. Con espíritu de malicia no se advertirá su senttdo. Esto lo dice Franklin en un sentido estrictamente moral. Franklin parte del supuesto de que es un deber de todos los hombres el aumentar su caudal, y que dejan de cumplir este deber los que no lo fomentan y multiplican. Parte también de otro supuesto, y es de que el dinero es algo que viene del Infinito y va al Infinito, por su poder infinito de reproducción, y siempre y cuando se aplique en la debida dirección; es decir, hay un concepto metafísico del dine-

ro, que se puede y debe inferir de lo que se está diciendo, aunque Franklin no lo haya pensado, y, por último, el postulado que hemos de leer en las palabras de Franklin es el Capitalismo. Porque es curioso que vivamos en 1926, pero que nuestro sentimiento, el sentimiento de todos los españoles tenemos actualmente del dinero, es anterior al Capitalismo. Nosotros no vemos el dinero sino como una posible satisfacción de necesidades o como un manantial de placeres. Naturalmente que en este último caso el dinero es algo condenable, reprobable, por lo menos. Pero la idea de Franklin es muy distinta. Él mira el dinero desde el punto de vista de la posibilidad que tiene de aplicarse al trabajo, a la producción; y de reproducirse y de multiplicarse.

Podemos decir, pues, que en esta página de Franklin—porque es anterior a Adam Smith, es donde se precisa el concepto del Capitalismo—; porque pobres y ricos los hay en todos los países, los ha habido siempre, en esta página hallamos el dinero en función capitalista, aplicado al trabajo, para multiplicar el rendimiento del obrero, sirviendo de unión entre la riqueza y el trabajo, que esto es el capitalismo. Así aparece, casi por primera vez, ligada la riqueza a un deber ético, y a una función social en esta página del ilustre norteamericano.

Nada semejante, naturalmente, podemos encontrar en la América latina. La América ibérica, nuestra América, ha sido poblada por españoles de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, que llevaron a ella un sentido económico naturalmente anterior al sentido del Capitalismo, que se ha desarrollado por otras circunstancias en Inglaterra y los Estados Unidos. Para nosotros, como para Santo Tomás, las cosas estas de la Economía, la división de los hombres en los diferentes oficios, el encontrarse cada uno en un lugar determinado de la Sociedad, todo esto *contingit ex causis naturalibus*, acaece por causas naturales, aunque por otra parte, la obligación general del trabajo, no obedece meramente a causas naturales, sino a determinación providencial. El hacer o no hacer dinero esto también *contingit ex causis naturalibus*. Esto no afecta a la ética ni a la vida religiosa. Sobre todo esto ha de recordarse que los españoles del siglo XVI, la mayor parte de los que intervinieron en la primera colonización, aunque algunos de ellos eran vascongados, procedían de las zonas latifundistas españolas, donde por la magnitud de la propiedad no se puede atender demasiado a los detalles.

Los españoles de las zonas minifundistas del Norte de España, Galicia, Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, Cataluña, no empezaron a abundar en América hasta el siglo XVIII y luego son los que han dado el mayor contingente, la principal masa de emigrantes en los siglos XIX y XX. La diferencia entre unos y otros, es que los hombres del patrimonio limitado tienen un espíritu mayor de economía que los hombres del gran patrimonio, como se explica fácilmente, pero ninguno de los dos grupos ha llegado a tener el concepto moral de la economía que os he mostrado en el caso de Franklin. Y hasta que llegó la Independencia, y después de ella, no llegaron a compenetrar el concepto de la economía con el de la moral. El mundo de la economía entonces y todavía *contingit ex causis naturalibus* (acaece por causas naturales).

*Ramiro de Maeztu*

*(Concluirá en el número próximo)*

---

### Cartas Hiperbóreas

## El crepúsculo de las Dictaduras

*(Envío del Autor).*

A comienzos de 1927 revisé en una serie de artículos el proceso dictatorial de aquella etapa bajo el título de *El apogeo de las Dictaduras*, y terminaba suponiendo que enun lapso de tres a cinco años veríamos el final inesperado a golpe de batuta, o en serie sucesiva como ocurre con el juego de un castillo de naipes.

Nunca desesperé de que se iniciara la curva descendente en el mundo hispánico. Al efecto, el primer acto se lleva a cabo. Primo de Rivera—otra de las innumerables víctimas borbónicas—sale del poder por la puerta trasera de palacio.

Su final es lógico. No hay entre Fernando VII y Alfonso XIII una gran diferiencia. No; al hijo de Carlos IV le aguardaron para echarle flores y su juventud era una florida esperanza—lo que hizo con el canónigo Escoiquiz y con el duque del Infantado olvidábase ante el entusiasmo del rey juvenil... Así, este joven monarca, al salir de la regencia de Cristina fué saludado como la esperanza de los que aun suponían al trono capaz de intentar una renovación nacional.

La misma dictadura, si bien sesgando la responsabilidad mayor—que era la del rey—hizo un inventario desastroso de los «viejos políticos».

Al liquidar lo llevado a cabo por Primo de Rivera, es justo convenir en que hubo cierta regularidad administrativa hasta entonces no conocida en España y cierta manera rápida y expedita de solucionar problemas de que se trataba en todos los parlamentos y que se calificaban de «insolubles». Resultaron así un desfile de elefantes blancos.

Pero una nación no puede estar indefinidamente bajo un orden de espaldas a las fuentes mismas de su constitucionalidad. Cuando fabriquen artificiosamente tratadistas a sueldo o gacetilleros oficiales apenas si logra que se mencione esa labor refutándola desdeñosamente.

O España vuelve a la normalidad jurídica representativa o el ensayo de absolutismo a base de los militares detrás del trono volverá a ser una serie de abdicaciones y de minoridades, y a Primo de Rivera sucederá Berenguer y a éste otro general, y así como en los días de Isabel II, pero ya con la monarquía más craqueante y resquebrajada. ¿Mussolini se encoge de hombros y dice que la de España era una dictadura «de caucho»? Aguardemos el final de la suya.

Es de lamentar la prisa reaccionaria española. Pero son los males inevitables de los pueblos y de algunos políticos arrastrados por sentimientos y pasiones explicables.

Los acontecimientos de Madrid, esos «mueras» al Rey y esos «vivas» a la república, le hacen el juego a los subdictadores y retardan las elecciones.

Si un país pudiera ponerse todo de acuerdo en una actitud dada; ¡cuánta sangre, molestias y tiranías serían evitables!

España hubiera visto partir en silencio al Marqués de Estella; los líderes políticos logrado someter razonablemente los estallidos aquí y allá: ¿qué otra cosa quedábales al rey y a su gabinete militar que presidir las elecciones?

Éstas hubieran llevado al parlamento los hombres que le convinieran—y no hay por qué suponer que no fueran en gran número los que tenían nexos con la dictadura anterior, si es que en realidad habían hecho bien y contaban con el «consensus» público del cual nos hablaba con frecuencia el comunicado oficioso a la prensa que daba hasta ayer el gobierno del general dictador—las aguas correrían por donde debieran correr y... otra perspectiva tendría la corona española.

El problema—si algún factor desconocido no entra en escena—queda planteado así:

¿La abdicación? La única posible sería en el infante don Gonzalo: el príncipe de Asturias es un adolescente inutilizado, el Infante Don Jaime, un sordomudo. Don Gonzalo, un niño, tornaría a significar para España—y en qué momentos!—otra minoridad estilo balcánico o portugués entre las damas de la fámilia y los generales.

Las largas regencias de Isabel II y de Alfonso XII tuvieron de frente, como estímulo y razón de fortalecer al trono, la amenaza común del carlismo reaccionario; la misma de Alfonso XIII, esa otra de la catástrofe colonial. Ambas, contra viento y marea, contaban, una con el poderoso espíritu liberal o moderado de la época, la otra con una noción ilusoria de ese mismo liberalismo que parecía mecer la cuna del rey promesa, del niño prodigio que educaba una reina de la casa de Hapsburgo en las mejores tradiciones absolutistas, pero cuyas «escapadas» democráticas enternecían a esos conservadores españoles de barbilla en punta y botín elástico.

Más tarde tuvimos al rey joven-héroe, cuando las bombas, luego al rey cruzroja durante la guerra, y finalmente —excepto etapas fugaces respaldadas o por Canalejas o por el propio Maura—nos hallamos con el rey-Marruecos y en breve con el rey-Annual. Y héte aquí que una noche de septiembre del año 23 apareció el rey-verdad, el rey Fernando VII, el borbón disimulado, el personaje eterno que a través de todas las dinastías, en el curso de los siglos, aparece reviviendo la boda de doña Juana y del «hermoso» príncipe Felipe, punto donde se inicia—en cuanto al trono concierne—la línea descendente de la fortuna penin-

sular. En Carlos V culminó la prolongación de los hombres de la Reconquista proyectando su sombra sobre un mundo que salía a tientas de la noche feudal; en su hijo, el hombre del Escorial, fijóse aún, más tétrica, la vasta zona imperial; y a seguidas—no obstante el colapso dorado del Descubrimiento, la curva descendente se precisa y en lugar de descender a ciclos históricos se precipita por etapas monárquicas hasta la hora de Ayacucho, hasta la hora de Santiago de Cuba.

¿Qué puede hacer el rey? Proceder en «fascista», ¿con cuál partido? ¿con esa parodia grotesca de la Unión Patriótica?; y luego ¿no es otra forma de la minoridad y de la férrea superintendencia de otro militar «con calzones»?

Quédale una solución: la constitucionalidad, la libertad parlamentaria, de prensa, de asociación, etc... Esta suma de libertades es la resta del absolutismo.

El rey Alfonso XIII puede aun regir a España como rey constitucional pero no gobernarla. Si lo intenta, y ello será un breve proceso, le puede costar la corona, no sólo a él sino a esa última rama borbónica en el mundo.

Londres acoge, gentilmente, estos casos de obcecación absolutista, y les enseña que una monarquía moderna sólo puede desempeñar un papel representativo, ecléctico, discreto, frente a la opinión pública; y que mientras Primo de Rivera huye de Madrid con las tablas en la cabeza, con las espuelas calzadas y la espada al cinto, un hombre del pueblo, modesto, serio, tranquilo, sin desplantes ni censura previa ni desahogos contra los «intelectuales»—porque él lo es—sube a la tribuna del parlamento británico y es jefe del gobierno en un imperio absolutamente conservador.

Alfonso XIII mira demasiado para Italia: es una tendencia borbónica y funesta—el Mediterráneo. Le sería más útil observar a Francia ayer y a Alemania hoy.

Porque de Rusia no hablemos. Eso sería una pesadilla; y España será todo, hasta repúblicana, menos «soviética».

*José Rafael Pocaterra*

---

# Vinos viejos

*(Envío de la autora)*

Los artistas de 1830 vivieron la pintoresca contienda entre clásicos y románticos. Enterrada hace un siglo, ¡quién osaría afirmar que todavía rebulle! Despojémosla de su epitafio para investigar qué significado encerraba substancialmente.

Clásicas fueron las tendencias que dieron la primacía a la razón (que es orden, lógica y medida). Románticas, aquellas que por sobre la arquitectura de la inteligencia colocaron el desorden, el ímpetu atropellador y la confusión de las pasiones. Racine y Moliére, por un lado, y del otro Hugo y Jorge Sand, por ejemplo.

El romanticismo no fué moda que afectara exclusivamente a las artes. Es siempre la filosofía—meditación sobre los problemas totales—la que desde lejos preside los vaivenes de la humanidad. Arrancando de modo paradojal del clasicismo de Kant, ella había evolucionado en los comienzos del siglo XIX hacia el romanticismo de Fichte, Schelling y Hegel. De sus enseñanzas estaba impregnado el ambiente que respiraba la juventud de los chalecos rojos de Gautier.

Sin embargo, Comte y Hugo son contemporáneos. Y el positivismo es el más tozudo homenaje que se haya rendido jamás a la razón. Lo que la inteligencia humana no es capaz de comprender, no existe—afirmó—pretendiendo asestar un golpe mortal a las metafísicas de todos los siglos.

Hugo, pese a su versación artística, representa el nivel medio de las gentes no iniciadas en estudios filosóficos. A su lado se preparaba el ariete que iba a derrumbar los muros de su escuela y él no lo sabía. Porque las tendencias naturalistas y realistas en el arte se derivan de modo lógico del evangelio de Comte.

Acontece hoy fenómeno muy semejante. La filosofía que ha permeado las estratas del vulgo culto es la de Bergson, romántico a *outrance*, puesto que ha pregonado con acopio y lujo de talento la fabilidad de la razón y sus limitaciones frente al impulso vital, que bien considerado no es sino un instinto primigenio. Mas, al frente de los bergsonianos y en completa contradicción con su pensamiento, laboran hoy Spengler, Windelband, Mach, Vaihinger, por no nombrar sino los principales, cuyas teorías son superintelectualizantes.

Y tenemos de nuevo planteado el mismísimo problema. ¡Vinos viejos en odres nuevos! La contienda subsiste entre los que hablan de la *Vida* (generalmente de la Nuova Vida—así con letras mayúsculas)—, de sus demandas y sus exigencias, y los que intelectuarizarían de tal modo la producción artística que la descarnarían de toda envoltura pasional.

Es tal vez el estudio que más podría apasionar a un esteta éste que actualmente contemplamos: la infiltración de dos corrientes perfectamente antinómicas en un mismo período de arte. En el fondo, la repetición del eterno problema: ¿Vivir conforme a la razón? ¿Conforme a los instintos sin los cuales la razón no existiría?—Porque, despojado de sus instintos fundamentales, el homo sapiens perece junto con la razón!

*Amanda Labarca H.*

Santiago de Chile, Junio de 1929.

---

# La balada del calor formidable

*(Envío del autor)*

Una lluvia de fuego. Mucho más todavía.
La lluvia es pasajera y este calor no pasa.
Es una interminable canción el medio día.
Y el sol tranquilamente, como en su propia casa,

se pasea muy fresco, con una tiranía
lujosa de pintores, como Don Pedro el Cruel,
el sol tiene locuras violentas de jauría
y fiebres y entusiasmos fogosos de corcel.

Pues los otros calores parecieran pintadas
minúsculas segundas de la suposición
y mayúscula tesis de pruebas consumadas
este calor de mucha larga ponderación.

¡Uf! ¡uf! ¿quieres decirme qué s'hizo la corriente
del buen aire que sopla? Quién sabe que ladrón
se llevó todo el aire de frescuras. Caliente.
Mil grados a la sombra. No hay sombra. Sin razón

del sol, para las siete palabras del desierto.
Nobles hijas del fuego, salamandras, por esta
maldición donde quema sus aguas el Mar Muerto,
tocamos el silencio bendito de la siesta.

Donde el sol es amable, nada dice la siesta,
sin los siete vestidos de gracia religiosa,
como en las propagandas políticas la fiesta
de nuestra democracia profana y mentirosa.

Donde el sol es un perro con rabia, ¡quién podría
cantar el evangelio de la siesta sagrada!
¡Esas islas nocturnas! ¡Ese mínimo día,
con una luz moderna, de sombras, goteada.

Encendemos, por este calor, maravillosas
lámparas, a la sombra de los árboles santos.
*Genízaro* divino, nuevas todas las cosas,
a la luz suspensiva de tus modernos cantos.

Y por este calor comprendemos la ciencia
feliz del abanico. Quién viviera su vida
entre dos abanicos, en una complacencia
de soplos y de sombras y luz recién nacida.

Nuestra hermana la lluvia. Dios mío, ¡que lloviera
todo el tiempo! Las casas son islas y canales
las calles «Viva Flandes» Yo soy una encajera
que borda sus poemas con nostalgias pluviales.

*A. H. Pallais*

Brujas de Flandes, Marzo de 1930.

## Semmelweis,

### médico austriaco

La incomprensión de las ideas nuevas se convierte con el andar del tiempo, si no en comprensión, por lo menos en palabras y actos de gratitud con que la humanidad entona su mea culpa en honor del desgraciado que despreció.

Tarde, ferozmente tarde, esas lágrimas y esa vasta protección humanitaria, llegan por lo común. Pueden pasar varios siglos; la satisfacción llega por fin. Si no escarmentamos—pues algunos esqueletos corroídos de la miseria de sus amos esperan aún las fatales lágrimas de arrepentimiento,—puede asegurarse que con cada ciclo de mil años, nuestra deuda a la flor de la humanidad queda pagada. Esperemos, pues, confiados, sin oír todavía los alaridos de locura que aún después de ochenta años, debe de proseguir lanzando Semmelweis desde su tumba-manicomio.

Semmelweis, médico austriaco, había sido sorprendido por algo anormal que pasaba en la perenne infección puerperal de todas las maternidades de la época. Las cifras de mortandad eran aterradoras; en ciertas épocas alcanzaban al noventa y cinco de los casos.

En la Maternidad de Viena, donde actuaba Semmelweis, se observaba que de las dos salas obstétricas del establecimiento, la reservada a la práctica de los estudiantes acusaba una mortalidad mucho mayor que en la sala destinada a las parteras. A tal punto, que las mujeres estaban convencidas de que ir a aquellas primeras salas, era ir a la muerte. No insistimos sobre las crisis de desesperación de algunas enfermas que, creyendo estar en la sala de las parteras, se hallaban en la de los estudiantes.

Si bien con anterioridad a Semmelweis se había asegurado la contagiosidad de la fiebre puerperal, nadie había observado aún de dónde provenía y cómo se operaba dicho contagio.

«Debe de haber una secreción, un veneno, un organismo—decíase Semmelweis—que se trasmite de un cuerpo a otro por medio del hombre».

En esos momentos moría el doctor Kolltschka, víctima de una infección en un dedo adquirida en la sala de disecciones. Y al comprobar en el enfermo los mismos síntomas y el mismo cuadro clínico que en las puérperas de la Maternidad, la luz se hizo bruscamente en la visión genial de Semmelweis: Una sola y única era la enfermedad del varón infectado y la de las parturientas: un agente, pues, proveniente de los cadáveres de las salas de disección y transportado por los estudiantes a la Maternidad era la causa específica de la fiebre puerperal. Desinfectando campo operatorio, manos y herramientas, la fiebre no debía presentarse.

Como se ve, Semmelweis había llegado de golpe, en 1847, al canon actual, adelantándose en veinte años a la antisepsia de Líster, y en otro tanto a las conclusiones de Pasteur.

Preconizó, habló, escribió: no halló clínico, en el mundo entero, que le prestara atención. Cansado y extenuado por las risas y los sarcasmos, perdió el juicio, a lo que entendemos

HORACIO QUIROGA

*(Caras y Caretas.* Buenos Aires)

## La tregua

*(Colaboración inédita).*

VUELVO al periodismo después de varios meses de tregua. Suspendí mis colaboraciones contra mi voluntad: de ellas vivía, pero era mi principal cliente *El Universal* de la ciudad de México. Este diario, me anunciaba como el primero de sus colaboradores y como exclusivo, no obstante que sabía que escribía yo el mismo artículo para otros muchos periódicos. Durante cuatro años estuve contribuyendo a que *El Universal* aumentara su circulación, según me lo expresaron varias veces los gerentes de la Empresa—Una de esas veces por escrito. Nunca tuve la menor dificultad con la gerencia. Pero un día el diario comenzó a quejarse de que lo amenazaban las gentes del gobierno de Portes Gil. Amenaza del gobierno en México quiere decir peligro de lo desconocido. En los antiguos tiempos, el caudillo procesaba al periodista, lo encarcelaba, lo destruía por medio de jueces venales. El más moderno sistema gubernativo organizado por Calles no necesita de la ley. Cuando un diario estorba no necesita del proceso, le basta con el atentado. Se disfraza a la policía, se le disfraza de Comité obrero o de facción política, y los agentes del gobierno con disfraz ajeno asaltan la imprenta, la queman, secuestran al propietario, asesinan al escritor. Al día siguiente, los diarios que quedan publican un largo relato en elogio de las autoridades—porque han prometido el castigo de los culpables. De las coacciones económicas, los aumentos de contribuciones, las molestias de todo género, no hay ni qué hablar porque éstas las padecen todas las empresas, editoriales o de cualquier género, todo el que tiene algo que tiente la codicia de un funcionarismo aturcado. Tal es el ambiente en que se habían venido publicando mis artículos y se toleraban porque el «jefe» es tardo en comprender los peligros de la letra impresa. Analfabetas, la mayor parte de los altos funcionarios, no se daban cuenta, no se dan cuenta sino tarde de lo mismo que les disgusta. Pero mi campaña presidencial vino a despertarlos. Durante mi campaña presidencial se recurrió varias veces al atentado, pero sin éxito; y una persecución directa no se atrevían a hacerla porque tenían instrucciones de Washington en el sentido de que no serían reconocidos como nuevo gobierno si no había por lo menos una farsa de elecciones populares. No me mataron por miedo a la doctrina Stimson que asegura querer cubrir las formas de la democracia en la América encadenada; aunque no se ve bien si el próposito de esta doctrina es ayudar a levantar el nivel de los pueblos oprimidos, o aprovechar la opresión para manipular las elecciones de acuerdo con las conveniencias de los banqueros. El hecho es que en México, el Gobierno—por exigencias de la Embajada americana—necesitaba hacer elecciones y se puso a proclamar que serían libres. Y sucedió lo que parece ser regla general; que jugar con el sentir publico es tan peligroso como jugar con fuego. Cuando el gobierno empezó a ver que de cada rincón del país se levantaba un oleaje de entusiasmo y las masas se preparaban para consumar las elecciones, para exigir las elecciones; cuando vió que los candidatos oficiales se quedaban solos y en cambio la multitud rodeaba la candidatura independiente, el gobierno se atemorizó y sin dejar su falaz prédica de libertad y de cordialidad, empezó a perseguir, a encarcelar y a asesinar. La prensa se había dejado llevar un tanto del entusiasmo ambiente y se atrevía a publicar noticias tímidas—exentas de comentarios, pero reveladoras del estado de la opinión. *El*

*Universal*, empresa periodística, la más poderosa del país, económicamente, nunca fué de oposición, pero presumía de independiente. Se verificaba, por ejemplo, una manifestación popular en apoyo de la candidatura presidencial independiente, y *El Universal* daba cuenta de ella cautelosamente, reduciendo, escatimando el número de los asistentes, suprimiendo los párrafos más peligrosos de los discursos; la crónica resultaba a las claras servil, pero los otros diarios no se atrevían ni siquiera a dar cuenta de lo ocurrido. Los políticos oficiales empezaron entonces a acusar a *El Universal* de que simpatizaba con la oposición. Y con la acusación vino la amenaza. Yo colaboraba en *El Universal*: *El Universal* me suprimía partidarios, me aminoraba mis manifestaciones, pero hablaba de mí y me pagaba mis artículos; era menester, por lo mismo, suprimir a *El Universal* o a expulsarme a mí de su cuerpo de redacción. De esta suerte no sólo se haría más completo el silencio al rededor de mi campaña política sino que también se me privaría de recursos que, en efecto, eran necesarios para mi sostenimiento personal. Y bastó la amenaza; una dura experiencia tiene acostumbrados a los pusilánimes a tomar nota y a proceder a la primera advertencia. Sin comunicarme una palabra mientras yo andaba en gira por provincia, *El Universal* publicó un editorial quejándose de que lo quisieran hacer responsable de mis discursos y reiterando su lealtad, afirmando que él no era enemigo del gobierno ni apoyaba a sus colaboradores. La aclaración era innecesaria porque ya el periódico dice en su texto, que los autores de artículos firmados—como los míos, eran responsables únicos de sus asertos; pero se trataba de provocar mi renuncia y, naturalmente, la obtuvieron por telégrafo. La renuncia la publicaron mutilada y desvirtuándola con un comentario medroso, no, peor que medroso: hipócrita y cobarde. Lamentaban la separación voluntaria de un colaborador tan distinguido, reconocían que esa separación era necesaria, pero recordaban al público que, a pesar de todo, el periódico era, había sido y seguiría siendo completamente independiente y libre—gracias a las autoridades que, afortunadamente sabían impartir toda clase de garantías a las empresas. Tan embotados llegan a estar los ánimos en las tiranías que estoy seguro de que no se dieron cuenta del escarnio de sus mismas palabras, no comprendieron que era burla declarar que sus libertades estaban intocadas, a la vez que reconocían que se les obligaba a despedir a un colaborador. No sólo no formuló *El Universal* la menor protesta—por lo que en cualquier país civilizado se hubiera tomado como un atropello—, ninguno de los otros órganos de la prensa mexicana, ninguno de los sindicatos de escritores, ninguno de los escritores semi-oficiales o seudo independientes se atrevió a formular una opinión sobre el caso. Un silencio servil, el silencio de oprobio de las largas tiranías cubrió el pequeño atropello lo mismo que los grandes crímenes. Todo yugo vuelve canallas a las gentes, pero lo que es nuevo en este yugo contemporáneo de mi país, es el empeño que toma en hacer hablar a sus víctimas; exige que los oprimidos proclamen las excelencias del opresor, del heridor. No basta con dejarse golpear, es menester ensalzar al que pega; quisieran robar el alma, no sólo el bolsillo.

La ley del trabajo vigente en mi país, obliga al empresario que separa a un empleado, trabajador, operario, etc., a pagarle tres mensualidades; pero esto no se aplica más que a los amigos del gobierno; la empresa, en mi caso, ni por cortesía me mandó ofrecer lo que yo, de todas maneras, hubiese rehusado a fin de mantener mi desprecio intacto. Por otra parte, el objeto que se proponían mis enemigos: arruinarme y acallarme, no lo lograron, porque ni yo carecí de fondos durante la campaña política ni dejé de hacerme oír de un extremo a otro de la nación. La generosidad del pueblo mexicano suplió a todo; me pagó gastos de vida y gastos de viajes y, sin necesidad de la prensa grande, mi campaña creció, se exaltó, venció. Venció en la opinión pública—lo que es un preludio de la victoria en la realidad. De suerte que, si yo cuento estas cosas es para explicar la condición en que se encuentra el pensamiento en América y la forma en que los oscuros poderes que apoyan las tiranías americanas proceden para acallar toda expresión sincera, independiente, de los intereses de la raza. Suspendí totalmente mis colaboraciones al suspenderlas en *El Universal*, no porque me hubiese faltado dónde escribir aún dentro de Mexico, donde hay ilustres bisemanarios do combate como *El Hombre Libre* y *Omega*, que viven ya dentro, ya fuera de la cárcel, y gustosos hubieran tomado mis escritos. En realidad, las necesidades de mi actividad política me obligaron a una tregua. Y hoy reanudo mis tareas periodísticas, exclamando a la manera clásica: Decíamos ayer... Pero hoy se puede explicar el ayer. Y yo lo explico; gracias que no es una sola la patria donde se habla español. Hay algunas patrias castizas que ya no están bajo el imperio del caudillismo ancestral y, en ellas circularán mis escritos hasta en tanto que mi propia patria se liberte. Y así, al volver a la tribuna del diario, saludo a la prensa continental que en todo momento me fué adicta. Recuerdo con reconocimiento a *El Tiempo*, de la ciudad de Bogotá, que, sin yo saberlo me conservó—durante la tregua—entre sus redactores y en su lista de pagos.

En artículos posteriores, contaré más historias, pero hablaré siempre de los intereses de nuestra América, de las cuestiones clamorosas, palpitantes, que afectan a nuestro inmediato porvenir.

*José Vasconcelos*



# Tablero

## = 1930 =

### *Rayito de Estrella*, de M. A. Asturias

El recibo de este libro diminuto me ha hecho saltar de gozo como un niño con un juguete entre las manos.

Un comentario de *Rayito de Estrella* debiera escribirse en un pétalo de rosa o expresarse en una lira divina cuyas cuerdas las formaran rayos de sol. Es una dosis comprimida de poesía, de sentimiento y a la vez de hermosa literatura. Así tan sutil, tan fugaz como parece, sabe rico al corazón y a la imaginación.

Tan breve que parece como que es y como que no es, y sin embargo le llena a uno más de un rincón vacío. Parece como que este amigo hubiese descubierto un nuevo campo de la emoción y a él manda su *Rayito de Estrella*. Si esta joyita fuera tangible seguro tendría una suavidad de balsa...

Sólo la filigrana con que introduce cada *paso*, es todo un poema en miniatura. Parece como si se lo hubiese dictado un ángel o que lo hubiese escrito un alma muy refinada de mujer.

Lo leo una, dos, o tres mil veces y cada una se va colando más hondo...

Rayito de Estrella,
abre tu piquito,
pon tu huevo de oro
en mi corazón...

*Gris*

New York, 1930.

*Rayito de Estrella* se vende a **¢ 1.00** en la Adm. del *Rep. Am.*

---

### La estimación extranjera

Le envío, además, cuatro ejemplares de mi libro (¹) como obsequio a la Biblioteca del *Repertorio*, en la intención de cooperar con mi grano de arena a la gran obra cultural que está usted realizando en América.

*Antenor Arrego*

(¹) Se titula. *El monólogo eterno* (Aforística), y se vende a **¢ 2.00** el ejemplar.

Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica.